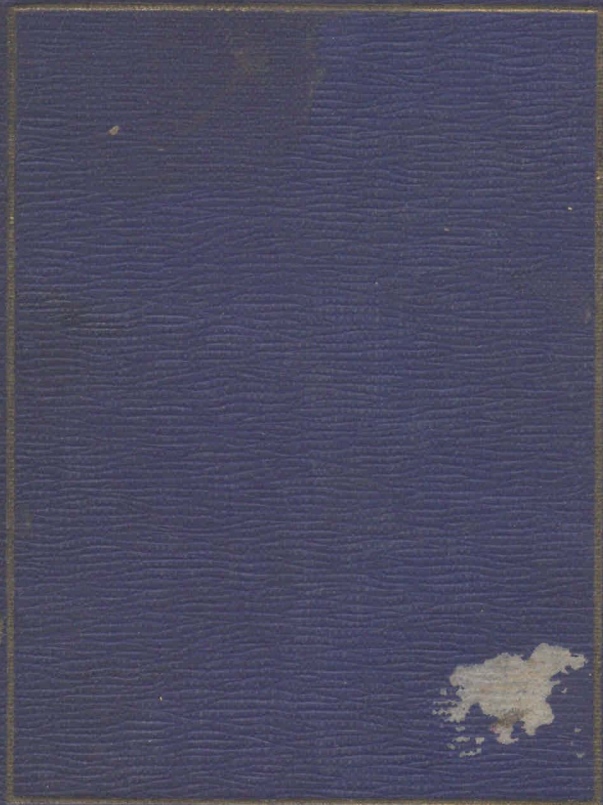


HISTORIAS DE
:SCHILLER:



COLECCION ARALUCE

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad
pública y para las B. Circulantes

HISTORIAS DE SCHILLER

VICARIATO CAPITULAR
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

Barcelona, 21 de Octubre de 1914

Nihil obstat

El Censor

Francisco de P. Ribas y Servet

PRESBITERO

Barcelona, 21 de Octubre de 1914

Imprimase

El Vicario Capítular,

JOSÉ PALMAROLA

Por mandado de S. Sría.,

Lic. Salvador Carreras, Pbro.

Scito. Canc.

Por lo que a Nós toca, concedemos nuestro permiso para la publicación de las obras que bajo el título de "Colección de obras maestras al alcance de los niños" dará a luz la Casa Editorial Araluce, de esta ciudad, mediante que de nuestra orden ha sido examinada, y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico o a la sana moral. Hágase constar esta licencia al principio o al final del libro, en la forma anotada al margen, y entréguese dos ejemplares rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.

El Vicario Capítular,

JOSÉ PALMAROLA

Por mandado de Su Señoría,

DR. P. VALLÉS, PBRO.

Pro.-Scito.

HISTORIAS DE SCHILLER

RELATADAS A LOS NIÑOS

por

MARÍA LUZ MORALES

ILUSTRACIONES DE
ED. GABELSBERGER

23.852



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392.-BARCELONA

Es propiedad del editor
conforme a la ley

ÍNDICE

	Págs.
A LOS NIÑOS	9
<i>Los bandidos</i>	13
Los hermanos..	15
Amelia... ..	25
El mal hijo	30
El regreso... ..	35
<i>Intrigas y amor</i>	47
Los novios... ..	49
El mal padre... ..	52
Dolor de amor	58
La carta..	66
La intriga... ..	71
La tragedia... ..	76
<i>Los dos amigos</i>	81
La condena	83
El viaje	85
Amistad..	90
<i>La conjuración de Fiesco</i>	93
El baile... ..	95
La conjura... ..	104
Desenlace... ..	110

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

	Págs.
<i>Dejando el baile y la peluca</i>	Frontis
<i>Lee. ¡Te lo mando!</i>	20
<i>Y entró el mendigo</i>	31
<i>¡Salve tierra de mi patria!</i>	36
<i>¿Qué misterio es este?</i>	42
<i>No, no, padre</i>	56
<i>Fué Fernando quien, volviendo por el honor</i>	62
<i>¡No salgas, miserable!</i>	73
<i>Yo soy quien debe morir</i>	91

HISTORIAS DE SCHILLER

A LOS NIÑOS

LAS Historias que con el mal pergeño de mi adaptación, váis a leer, fueron escritas hace ya largos años, en forma de Dramas y en sonoros versos, por Schiller, quien ha sido, después de Goethe, el más alto poeta de Alemania. No son quizás todo lo alegres y divertidas que para vosotros desearíamos; no son tampoco, y en el original sobre todo, fácilmente comprensibles, mas no hemos querido dejar de ponerlas al alcance de vuestra tierna inteligencia por no privaros con ello del conocimiento de unas obras reputadas como verdaderas joyas de la literatura germánica, y que han sido en todos los países admiradas por la elevación del pen-

samiento y el lenguaje, por la moralidad del fondo y la majestad y belleza de la forma.

Schiller nació en Marbach (Alemania) en el año 1759 y murió en Weimar en 1805. Siguiendo el deseo de sus padres, estudió Derecho y Medicina, en cuyos conocimientos sobresalió notablemente, aun cuando las mejores horas de su juventud las dedicó a hacer versos y a leer en secreto. Cuando pudo dedicarse a lo que constituía la pasión de su vida escribió ese monumento, que son los Dramas, y del cual forman parte Los Bandidos e Intrigas y Amor, que en este librito os ofrecemos, lamentando tan sólo que sean tan pesimistas y amargos.

Más tarde se hizo gran amigo de Goethe, del que era ya apasionado admirador, y dícese que a esta amistad se debe en gran parte el cambio que, en el modo de ver los hombres y las cosas, se observa en sus últimas obras. A éstas, ya más alegres y esperanza-

das, pertenecen las Baladas, de las que también os damos muestra gentil, en ese primor que soñ Los dos amigos.

Estamos seguros de que, tanto como a nosotros nos gusta, ha de gustaros.

MARÍA LUZ

LOS BANDIDOS

LOS BANDIDOS

Los hermanos

MAXIMILIANO de Moor, conde de Franconia, tenía dos únicos hijos de cualidades físicas y morales tan diferentes, que ni aún buscándolos en el mundo entero hubieran podido hallarse dos seres tan distintos. El mayor, Carlos, poseía arrogante figura, rostro noble y altivo, maneras elegantes, voz varonil y bien timbrada, bondadosos sentimientos, afable trato, generosidad ilimitada. Su desprendimiento, su caballerosidad, su innato atractivo le hacían merecedor del afecto de cuantos le rodeaban, y desde el último caballerizo del castillo hasta el conde de Franconia, amo y señor de todos, no había quien no le amara tiernamente y estuviera dispuesto a dar por él hasta la vida. Francisco, en cambio, se atraía todas las enemistades y antipatías por su carácter adusto y rencoroso, por sus sentimientos duros, crueles e inhuma-

nos, por su esquivéz, su orgullo y su avaricia. Por ser en todo distinto de su hermano, Francisco era de cuerpo chico y contrahecho, piernas torcidas, cabeza grande, mirar atravesado. Para colmo de sus desdichas, siendo el pequeño no le correspondía el mayorazgo y título de Franconia a él, sino a su hermano.

Por todas estas cosas, desde muy niño albergó en su alma la más baja pasión en que puede caerse: la envidia. Envidiaba la belleza de Carlos, los halagos que todo el mundo tenía para él, los mimos que su padre le prodigaba, las bendiciones de que los pobres, los desvalidos, le colmaban. Y en vez de imitar su ejemplo, haciéndose como él—ya que no en figura, que ello no estaba a su mano, en noble, cordial y generoso proceder—se refugió en un odio sin límites y juró que haría a su hermano mayor cuanto daño pudiera.

Y cumplió el juramento. Con hipócrita disfraz de solícito cuidado contaba a su padre las juveniles locuras que Carlos, llevado por su carácter alegre y entusiasta, cometía; y no se las contaba tal como eran, sino abultadas

y desfiguradas por su maligna fantasía. Si Carlos daba su oro a los pobres, esta acción tan loable la convertía Francisco en derroche innecesario con que las arcas del condado iban a quedar exhaustas. Si en unión de otros nobles mancebos corria juegos y aventuras, ello era, siempre según Francisco, baldón con que Carlos manchaba las armas de Franconia. Si leía los viejos libros de los hombres sabios de Grecia y de Roma, ello era odiosa afición a las cosas paganas... Y así iba minando Francisco el terreno que Carlos, descuidado, pisaba, y así iba enturbiando con sus insidias y calumnias el vivo amor que su padre, el conde Maximiliano, sintiera por él desde su nacimiento. También con las gentes del castillo le indispuso, y aún trató de arrebatárle el amor de Amelia, la dulce doncella, sobrina de Maximiliano, que con ellos vivía... Pero el amor de Amelia era todo firmeza.

Mas, poco a poco, merced a las intrigas de Francisco, se hizo imposible a Carlos la vida en el castillo. Desesperado y llevado de su juventud irreflexiva, empezó a cometer verdaderas locuras, y, al fin, huyó del solar de su

padre, se juntó con malas compañías, sufrió frío, hambre y miseria y llegó al fin, según la fantasía popular decía—aunque nadie lo sabía de cierto—, a unirse con una cuadrilla de bandidos.

Y así pasaron seis años. El anciano conde, cada vez más triste, enfermo y agotado, se apagaba poco a poco pensando en el hijo ausente y adorado, a quien no osaba ni nombrar siquiera. Amelia, firme como el diamante, le aguardaba siempre, segura de que había de volver, cierta de que su amor por ella no se había extinguido, como no se extinguía el que ella hacia él sentía. Francisco, aunque contento del alejamiento de su hermano mayor, no se veía del todo satisfecho en sus propósitos; su alma vil no se contentaba con menos que la maldición de Carlos por el conde. Deseaba también que su padre muriese para ver así colmada su ambición de ser dueño de todo. Por ello interceptaba cuantas cartas de su hermano llegaban, ¡cuántas veces escribió el desterrado a su padre demandando piedad y mostrando vivo arrepentimiento! Pero ninguna de estas misivas llegaba a las manos del

Conde ; Francisco las rompía, una tras otra, todas. Y, en cambio, escribía otras, que fingía recibir de un amigo a quien, en nombre del Conde, había encargado de vigilar a Carlos. En estas cartas, como puede suponerse, se pintaba la vida del generoso y aturdido mancebo con los más negros colores, y, sin piedad de su dolor, se decía al afligido padre que debía borrar de sí hasta el recuerdo de aquel hijo maldito. Y el conde estaba cada día más triste y más enfermo. Y Amelia más aferrada a su amor. Y Francisco más taciturno, más siniestro y sombrío. Y el castillo todo más silencioso, más fúnebre, más frío. Y pasaron seis años...

Al cabo de ellos entró un día Francisco en la estancia del conde.

—¿Cómo os encontráis, padre mío?—preguntó con interés fingido.

Y el conde, con un ademán, le indicó que estaba bien.

—Tanto mejor, querido padre—continuó el mal hijo—; mejor, porque vuestra salud es lo que más me importa en este mundo ; mejor, porque si os encontraseis mal no osaría daros

la noticia que os traigo y que ha de causaros honda pesadumbre.

—¿Noticias de Carlos, quizás?—preguntó con ansiedad el conde.

—Sí, noticias de Carlos. Y como no son precisamente las que yo quisiera daros...

—¿Acabarás?—tronó el señor de Francia—. ¿Vive al menos mi hijo?...

—Vive, vive vuestro hijo, señor. Vive para baldón de todos nosotros; ¡ojalá no viviera!

Y dos falsas lágrimas surcaron las mejillas del hipócrita.

—En fin, ¿leerás esta carta?—repitió el conde—. ¿Por qué vacilas tanto?

—Porque antes preferiría ver mi lengua pisoteada que tener que pronunciar las palabras que vais a oír, señor.

—Lee. ¡Te lo mando!—gritó el anciano irritado.

—Yo no hubiese querido. Pero soy buen hijo y no puedo desobedecer vuestro mandato...

Y sin sentir por un momento dolor del dolor que iba a causar, empezó así la lectura de la carta, que él mismo había escrito:



Lee. ¡Te lo mando!

«Amigo Francisco : a no ser por la formal promesa que un día te hice de no ocultarte nada de cuanto supiese respecto de tu hermano, jamás mi inocente pluma consentiría en servirte de verdugo. Paréceme ya verte derramando abundantes lágrimas por causa de ese miserable...»

Al oír estas palabras el buen anciano ocultó el rostro entre las manos. Y Francisco al verlo recalcó :

—Y notad, padre mío, que sólo leo lo más benigno de cuanto dice la carta. Mas prosigo :

«... paréceme ver a tu anciano padre, pálido, con la palidez de la muerte, caer desvanecido y maldecir el día en que tan indigno hijo pronunció por vez primera el nombre de padre. Porque tu hermano parece haber colmado la medida de la infamia y marcha a pasos agigantados por el camino del suplicio. Anteanoche mismo cometió una valiente hazaña : hallándose entrampado en deudas por valor de cuarenta mil ducados y después de robar a la hija de un opulento banquero y herir mortalmente en desafío a un honrado joven que pretendía la mano de la doncella tuvo

que escapar de la justicia con siete de sus compañeros de disolución, a los cuales arrastrara a esta vida de crímenes y fechorías. Se le ha denunciado, los ofendidos piden satisfacción, y así el noble apellido de los Moor se arrastra por los suelos.»

—¡Mi nombre!—exclamó Maximiliano de Moor—. ¡Mi nombre siempre inmaculado!

Y Francisco, fingiendo una pena que no sentía, dijo:

—Lo que sigue es más doloroso aún, querido padre; pero yo no quiero ser vuestro verdugo, no quiero leer más. Y rasgó la carta.

Mas ya había sido echada la cizaña.

—Sí, sí—repitió el conde—, no quiero oír hablar más de él. Ahora mismo voy a escribirle que retiro de él mi mano.

—Será una medida digna y prudente.

—Que no quiero verle jamás en mi presencia.

—Sí, sí, padre mío.

—Mientras no cambie de proceder—añadió el conde con ternura y benevolencia.

—Naturalmente—repuso Francisco, mordiéndose los labios.

—De todos modos, voy a escribirle ahora mismo.

Pero el infame Francisco conocía a su padre, sabía como el vivo amor que siempre había sentido el conde por su hijo primogénito no podía haberse extinguido de un soplo, y temió, temió que en el momento de ir a escribir las palabras de maldición por él tan deseadas, su voluntad flaqueara ; por ello, dijo, fingiendo una compasión que era incapaz de sentir :

—Padre, sé que va a doleros mucho escribir esa carta. ¿Queréis que sea yo quien transmita a Carlos vuestras quejas y vuestros deseos ?

Y el conde, desfalleciendo a tanto dolor, asintió :

—Sí, hijo mío ; escribe tú ; pero no seas demasiado severo. Si un día se arrepiente, suyo es el castillo, suyos los brazos y el amor de su padre.

Y oyendo estas palabras en que su temor se confirmaba, Francisco sintió crecer su alegría de ser él quien tuviese por completo el asunto entre las manos. Y escribió así :

«Desgraciado hermano: dos palabras tan sólo para hacerte saber que tus esperanzas se han frustrado. Nuestro padre me encarga que te diga que puedes libremente echar por donde te lleven tus malas andanzas, pero que renuncies desde ahora a la esperanza de obtener jamás su gracia, viniendo a lamentarte o a pedir perdón a sus pies, si no quieres que en pago de tu osadía te encierre en el más profundo calabozo de la torre, y te tenga a pan y agua hasta que tus cabellos crezcan como las plumas del águila y tus uñas como las garras de los pájaros. Estas son las palabras mismas que ha pronunciado nuestro padre, quien me manda terminar aquí esta carta.

Francisco de Moor.»

Demasiado sabía el astuto Francisco que esta carta era como barrera que separaría para siempre al conde de su hijo mayor, Carlos. Porque, siendo éste tan altivo como era, tan poco inclinado a bajar la cabeza y a doblar la rodilla, no iría seguramente a implorar el perdón de su padre, que amenazaba con ence-

rrarle en obscuro calabozo «hasta que sus cabellos crecieran como las plumas del águila, y fuesen sus uñas como las garras de los pájaros»).

Amelia

Cuando la dulce Amelia, la angelical doncella que desde niña habitaba el castillo de los Moor supo la decisión del conde, lloró amargamente aquel nuevo infortunio que iba a separarla para siempre de Carlos, a quien amaba tanto. Porque ella sabía también que el desterrado no se prosternaría ante un padre que tan inhumanamente le trataba. Mas ella seguía hacía años, con la certera visión que el amor da, todas las maquinaciones de Francisco contra su hermano, y en esta nueva desdicha no dejó de ver también la mano de Francisco. Por ello cuando, el mismo día en que fué escrita aquella carta, le vió entrar en la estancia en que ella, tragándose las lágrimas, bordaba, no pudo reprimir un estremecimiento de horror que no escapó a los perspicaces ojos de Francisco.

—¿A qué obedece tal desdén?—preguntó el malvado—. ¿Acaso merezco yo menos favores que aquel a quien su padre ha maldecido?

La doncella, herida en su amor, se volvió rápida.

—¿*Padre*, dices? ¿Cómo puede llamarse padre el que entrega a su hijo a los lobos y los monstruos? ¿Es padre el que está tranquilamente en su casa reparando sus fuerzas con vino añejo y buenos alimentos, el que reposa en mullidos edredones mientras su hijo, el más noble y generoso, se ve privado del sustento? Ello debiera ser vuestra vergüenza, vuestro oprobio, hombres sin entrañas. ¿Cómo un padre pudo tratar así nunca a su hijo único?

Francisco rechinó los dientes, pero una sonrisa disimuló su rabia.

—¿Su hijo único?—repitió—. Pues, ¿y yo?

—Es verdad—continuó la doncella casi desvariando—; es verdad que merecía tener dos como tú. Y ese será su mayor castigo, que cuando en su lecho de muerte tienda su mano febril en busca de la mano noble de Carlos, sólo hallará la mano helada de Francisco.

—¡Amelia!—clamó él—. ¿Por qué no me amas como yo a ti?

Y al decir esto, no mentía. Pero la doncella sólo veía en él en aquel momento a un ser aborrecible que para siempre la había separado de su amor.

—Si te hago una súplica, ¿me la concederás?

Francisco asintió, poniendo en sus ojos toda la pasión de que su alma ruín era capaz.

—Pues bien—concluyó ella—. ¡Odíame! Tu amor me hace, más que bien, daño.

Francisco entonces creyó prudente cambiar de táctica y volvió a empuñar las armas del engaño.

—Me odias porque le amas—dijo en voz muy baja, humildemente—. También le amaba yo... Pero a ti y a mí por igual nos ha olvidado. ¿Crees que esto no entra en gran parte en el rencor que yo le guardo? Tú, tan buena, tan pura... ¡y él ser capaz de despreciar tu amor!

—¡Despreciar mi amor!—repitió la doncella con voz sorda.

—Sí, desprecia tu amor, y ello no son va-

nas palabras : hay pruebas palpables. ¿No le diste en prenda de cariño y como recuerdo de despedida una sortija de diamantes?

—Sí. Le dí una sortija de diamantes.

—Pues esa sortija él la ha dado a otra mujer. Yo, en cambio, si hubiera poseído una sortija dada por Amelia no me la hubiera dejado arrebatar ni por la misma muerte. Pero, ¿lloras, hermana mía? Yo también lloro lágrimas de sangre, yo también siento profunda compasión hacia el infeliz a quien su padre ha arrojado de su seno... ¡Ea! No llores más; voy a echarme a los pies de nuestro padre y a rogarle que perdone a mi hermano, que haga recaer sobre mí su maldición, que a mí sólo me desherede...

Estas palabras conmovieron el tierno corazón de Amelia, tanto como las anteriores le habían afligido y, echando los brazos al cuello de Francisco, exclamó :

—¡Oh, mi buen Francisco, modelo de hermanos!

—Y si nuestro padre no cediera—continuó Francisco—, si Carlos no hubiera de volver jamás, sabes que cuentas con mi amor, que

en nada cede al suyo, con mi amor que él mismo inspiró, pues la noche antes de partir Carlos para Leipzig, llevándome a aquella glorieta en que juntos solíais departir, me hizo jurar que, si él no volvía, yo sería tu esposo, Amelia querida.

Esta nueva mentira de Francisco volvió a poner en guardia a la dulce Amelia.

—¡Mientes!—gritó indignada—. Mientes, traidor, pues que en aquella misma glorieta me hizo jurar que si él no volvía jamás daría cabida en mi pecho a otro amor que el suyo. ¡Vete, vete de mi presencia!

Entonces Francisco se irguió altanero, furioso.

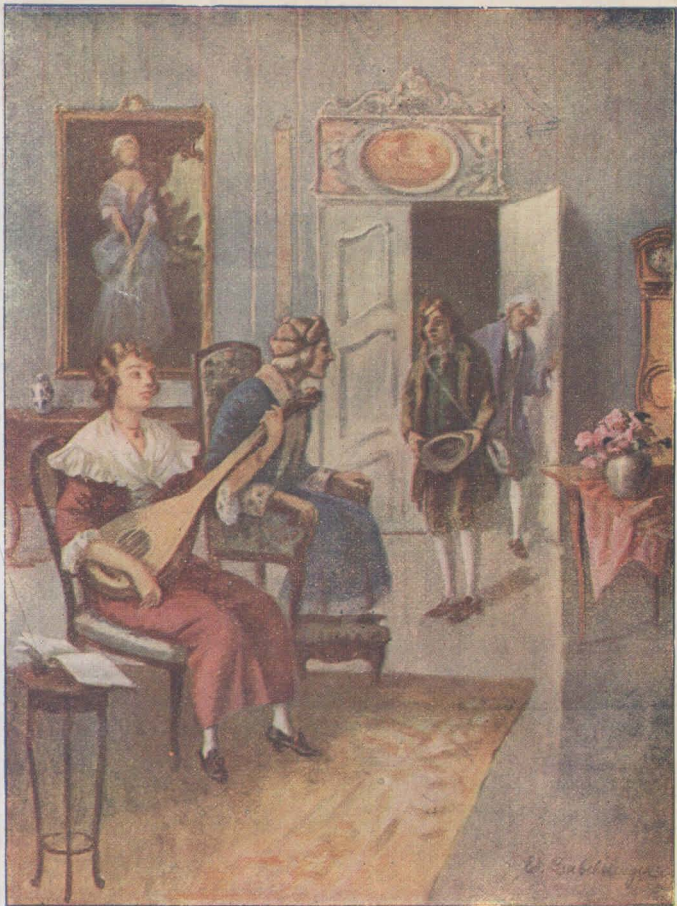
—¡Ah, mala pécora!—gritó—. Aguarda mi venganza. Algún día te arrepentirás de haberme despreciado por un mendigo.

Y salió de la estancia, mientras Amelia mojaba con sus lágrimas la labor que sus manos sostenían, y refugiaba su pensamiento en el recuerdo amado del ausente.

El mal hijo

Pasaron horas y pasaron días. El viejo Moor se arrepentía cada vez más de haber arrojado de sí a Carlos, su bien amado primogénito y sólo soñaba con verle llegar arrepentido para perdonarle todas sus locuras y guiarle paternalmente hacia el buen camino. Pesaban no poco en esto las lágrimas de Amelia, que no cesaba de suplicar clemencia para el desterrado.

Francisco, a quien no se ocultaba este cambio de ánimo de su padre, sólo tenía un deseo, una obsesión : que su padre muriese antes de perdonar a Carlos para ser él único dueño de la herencia, esto es, que su padre muriese pronto, pronto. Y tras mucho luchar y batallar con su escasa conciencia trazó su plan para acabar, sin violencia, con la débil vida del anciano. En este plan debía ayudarle Hernán, un desdichado hijo de un gentilhombre de palacio que odiaba a Carlos porque le había arrebatado el amor de Amelia, de quien Hernán estaba también enamorado, y a quien



Y entró el mendigo...

Francisco sobornó con una bolsa de oro bien repleta.

Y he aquí que una triste tarde de invierno en que la nieve incesante caía, cubriendo con su blanca sábana desde el Altmuhl hasta el bosque del Turingia, se hallaba el anciano conde sólo con Amelia en su aposento. La doncella, acompañándose del laúd, cantaba tiernas canciones que un día aprendiera del mismo Carlos, y el anciano, evocando el recuerdo del ausente, soñaba, soñaba con el hijo perdido. Mas he aquí que tan dulce momento fué interrumpido por la llegada de un criado que anunciaba cómo un mendigo perdido en la selva nevada, pedía entrar hasta la misma presencia del señor de Franconia.

—Que entre—dijo el anciano conde—; jamás partió de mi castillo un necesitado sin ser debidamente socorrido.

Y entró el mendigo, acompañado de Francisco. (Y el mendigo no era otra que Hernán, disfrazado.)

—Poderoso señor—dijo el mendigo—, soy extranjero, pero, a pesar de ello os reconozco; ¿no sóis el padre de Carlos de Moor?

—El mismo. ¿Quién os lo ha dicho?

—Conocí a vuestro hijo—repuso sombríamente el fingido mendigo.

—¿Le conocísteis? ¿dónde está ahora? ¿Sabéis de él?

—Le conocí en Leipzig. De allí partió a correr mundo y un día volvimos a hallarnos en campaña, a las órdenes del mismo jefe y durmiendo en la misma tienda. Al cabo de ocho días de alistarnos en las filas prusianas libróse la terrible batalla de Praga. Allí vuestro hijo se portó como un bravo; las balas llovían a derecha e izquierda; le atravesaron la mano con que sostenía la bandera, él la recogió con la otra y permaneció firme en su sitio... Cuando, al finalizar la batalla, volví a hallarle, estaba bañado en sangre, moribundo; al verme, tuvo aún tiempo para decirme: Toma esta espada y llévala a mi padre; dile que está teñida con la sangre de su hijo; dile que su maldición me arrastró a la batalla y a la muerte. Y en su último suspiro pronunció un nombre de mujer: «Amelia».

Reinó en la sala el silencio. Podían escucharse los latidos del corazón del desgraciado

anciano. Al fin, Amelia exclamó sollozando :

—¡ Mi nombre !

Y el conde murmuró en voz muy baja :

—¡ Ay de mí ! ¡ Arrastrado por mi culpa a la desesperación !

El mendigo había desaparecido y los ojos de Maximiliano Moor se nublaban por momentos. Era aquello la muerte. El anciano conde de Franconia quedó inanimado en los brazos de Amelia.

* * *

Pero el conde, cosa que ya había previsto Francisco, no estaba muerto, sino desmayado a causa de la violencia que el relato del fingido mendigo produjera en su ánimo. Pero de ello nadie, sino Francisco se dió cuenta. Toda la servidumbre del castillo, todos los pobres y desvalidos del país, todos los ricos señores del contorno lloraron al bondadoso señor de Franconia.

Francisco, satisfecho al fin, seguro de que la ambicionada herencia iba a ser para él, se apresuró a disponer las exequias, y en la ca-

pilla del castillo se celebraron aquel mismo día solemnes funerales por el magnífico señor de Franconia.

Cuando la noche fué bien entrada, Francisco se dirigió, en unión de Hernán, al lugar donde se había depositado el féretro, y, sacando de él el cuerpo, todavía inanimado, de su padre, en el que aún latía un soplo de vida, lo llevó a una solitaria torre que había en medio de los bosques y que perteneciera en tiempos ya lejanos a los primeros moradores del castillo. Siempre ayudado por Hernán—el fingido mendigo cuyas falsas nuevas habían causado tan honda impresión en el conde—, Francisco dejó el cuerpo de su padre en la más húmeda mazmorra de la sombría torre. Allí había de ir diariamente Hernán a arrojar por la angosta ventanilla abierta en la bóveda una exigua cantidad de pan y de agua que iría sosteniendo al viejo hasta que concluyera por sucumbir de consunción y de miseria.

Después de cometer este nuevo delito, el más horroroso de todos, Francisco se dirigió adonde estaba Amelia y le ofreció su mano de esposo. Puesto que Carlos había muerto

y su tío, el conde, no existía, él era el único apoyo que quedaba a la doncella; casándose podría doblemente servirle de consuelo, de amparo y de refugio.

Pero ella le rechazó, indignada.

—Juré a Carlos no pertenecer a otro hombre—dijo serenamente—. Además, algo hay dentro de mí que me dice que Carlos vive todavía...

El regreso

Y he aquí que Carlos Moor, cansado de la vida ligera que llevaba, resolvió retirarse de los bosques profundos que, en compañía de otros amigos, jóvenes e inexpertos como él, habitaba, e ir a arrojarse a los pies de su padre, el anciano y magnánimo conde de Franconia. A ello le indujo en gran parte su amistad con un noble bohemio llamado Kosinsky, que al relatarle sus cuitas amorosas, le hizo evocar más vivo el recuerdo de Amelia.

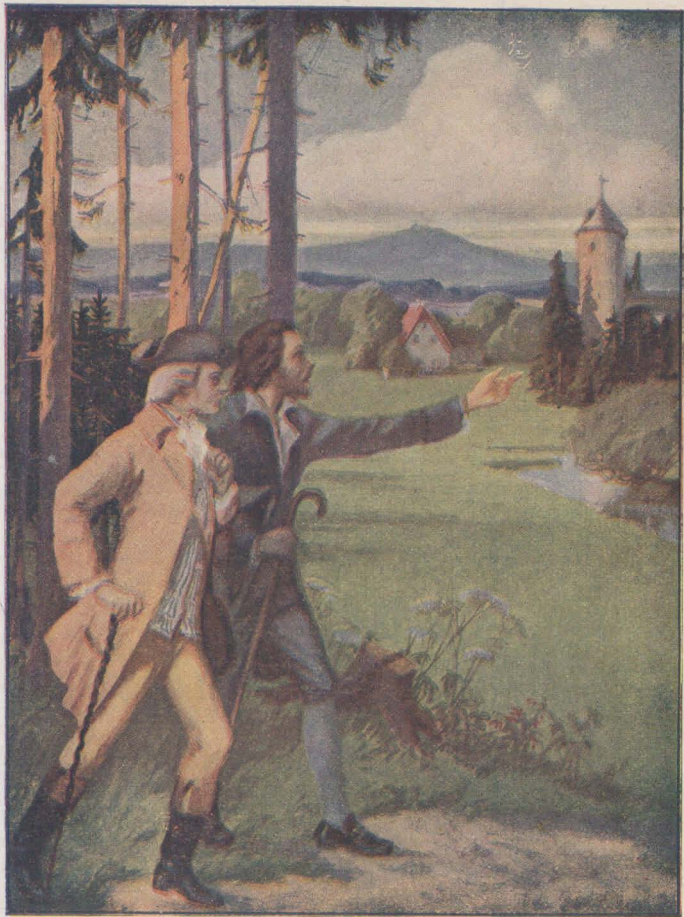
Se despidió, pues, de sus amigos y emprendió la marcha hacia el país nativo. Pero Kosinsky no quiso separarse de él e insistió en

acompañarle. Y juntos se dirigieron hacia el castillo de Franconia; pero por no inspirar sospechas y aún por poder ganar mejor el perdón del padre ofendido cambiaron de nombre. Y convinieron en que Carlos se presentaría como el conde Brand y Kosinsky como su escudero.

Anduvieron tres largos días con sus noches. Al cabo de ellos divisaron a lo lejos la torre del homenaje del alto castillo de Franconia. Y a Carlos le saltó en el pecho el corazón.

—¡Salve, tierra de mi patria!—exclamó como en éxtasis—. ¡Cielo de mi patria, sol de mi patria, salve! ¡Verdes prados y ondulantés colinas, riachuelos murmuradores, yo os saludo desde el fondo de mi alma!

Y apretaron el paso, y llegaron a la puerta del castillo. Ya en él, nadie reconoció en aquel hombre de tez tostada, de barba crecida y facciones endurecidas por los rigores de la Naturaleza y las crudezas de la vida, al hijo desterrado, al noble y apuesto heredero del condado de Franconia. Sólo Amelia sintió a la vista del extranjero una extraña emoción.



¡Salve tierra de mi patria!

Y él al verla comprendió también que aquella era su Amelia de siempre.

Y he aquí que se les recibió con todos los honores, tal como correspondía al conde de Brand. Pero no pudo hacerse fiesta alguna en su honor por estar de luto el castillo y los que en él vivían...

Cuando Carlos supo la muerte de su padre, se le partió de dolor el alma. Al observar que dos gruesas lágrimas rodaban de sus ojos, Amelia no pudo menos de preguntarle, conmovida:

—¿Conocísteis acaso al conde de Franconia?

Y él contestó:

—Sí; le conocí y traté muy íntimamente; pero hace ya tiempo, mucho tiempo...

Entonces Amelia le condujo a la galería donde se guardaban los retratos de la familia.

—Ved si entre todos esos conocéis a vuestro antiguo amigo—dijo dulcemente al extranjero—. ¿Es éste acaso?

—No—contestó él.

Y ella asintió,

—No, ciertamente ; este es el primer ascendiente de esta familia de nobles soberanos, cuya nobleza se remonta a Barbarroja.

El extranjero se había detenido ante otro cuadro.

—Tampoco es éste—dijo—, a pesar de que sus facciones son a las de él muy parecidas ; mas a este caballero que miramos le falta aquella bondad, aquella dulce expresión de la boca que en Maximiliano de Moor, atraía a cuantos le miraban.

—Veo que le conocísteis bien—repuso Amelia, conmovida—. Y es raro que no hayáis olvidado esa particularidad en tantos años.

El fingido conde de Brand se había detenido ante el retrato del verdadero conde de Franconia, su padre, y las lágrimas se agolpaban a sus ojos.

Pero se hizo fuerte y siguió mirando los retratos.

—¿Quién es éste?—preguntó señalando el retrato de un ente extraño de belleza física escasa y maligna mirada.

—Es el actual conde de Franconia ; es

Francisco de Moor, hijo único de Maximiliano.

—¿No tenía otro hermano?—preguntó el forastero.

—Dicen que murió—murmuró en voz muy baja Amelia.

—Y este retrato de la derecha, ¿de quién es?—siguió preguntando el extranjero.

—Es de Carlos, primogénito de Franconia—dijo Amelia. Y había en sus ojos tanta ternura y tanto dolor que el fingido conde de Brand tuvo que violentarse mucho para no descubrirse.

Porque comprendió que Amelia le amaba aún y le amaría siempre.

Pasaron de este modo algunos días. Nadie en el castillo reconocía el verdadero nombre que debajo del de conde de Brand se ocultaba; sólo algunos viejos servidores miraban al forastero con excesivo afecto. Y esto inquietaba a Francisco, quien había, además, advertido que su prima mostraba hacia el conde de Brand algo que no era precisamente indiferencia. Y él y Hernán decidieron espiar a Brand y a su escudero.

Y sucedió que una tarde se hallaba la dulce Amelia en la glorieta del jardín acompañándose con el laúd las bellas canciones que otros días Carlos amaba tanto, cuando el conde de Brand se presentó ante ella.

—¿Qué llama arde en tus canciones, doncella—le preguntó—, que parecen de fuego?

—La llama de una voz que para mí se extinguió seis años ha—contestó ella.

—¿La de un enamorado acaso?—insistió él.

—La de un enamorado, el más fiel, el más generoso y el más noble.

—¿Murió, quizás?

—Dicen que murió. Pero en mi corazón una voz oculta me dice que aún vive.

—¿Cómo entonces no está a tu lado?

—Navega por mares borrascosos. Y con él navega el amor de Amelia. Anda errante por desiertos arenosos. El amor de Amelia hace brotar flores de la arena misma. El sol del Mediodía quema su desnuda cabeza... Mas la brisa del recuerdo de Amelia templó los ardores del sol y refresca sus sienes. Hay entre los dos enamorados mares, montañas y vas-

tos horizontes, pero sus almas se escapan de esta cárcel de barro y se unen en el paraíso del amor.

Y al ver tanto amor en poco estuvo que el conde de Brand se descubriera presentándose como el verdadero Carlos.

Amelia había tomado de nuevo entre sus manos el laúd y cantaba:

«¡ Oh, cara esposa, dame el arma fiera»

Y el fingido conde de Brand tomando el laúd de manos de ella, terminó:

«El fragor del combate me reclama».

Después, arrojando el laúd, huyó.

* * *

Huyó y fué a refugiarse en los bosques: echaba ahora de menos a sus compañeros los bandidos, que le amaban tanto, para los que era un semidiós. Pues la muerte de su padre y el despojo que su hermano le había hecho de la herencia al darle por muerto, habían llegado al fondo de su corazón.

Y he aquí que, internándose en el bosque, llegó al pie de aquella obscura torre en que su

padre yacía enterrado en vida. Rendido a la fatiga, se detuvo bajo su alta muralla a descansar e intentó reposar su pensamiento en el recuerdo de la dulce Amelia, que no le había olvidado en tantos años. Y he aquí que, de pronto, oye un gemido que parecía salir del fondo de la tierra.

Pone el oído atento y la queja se repite, se repite, se repite...

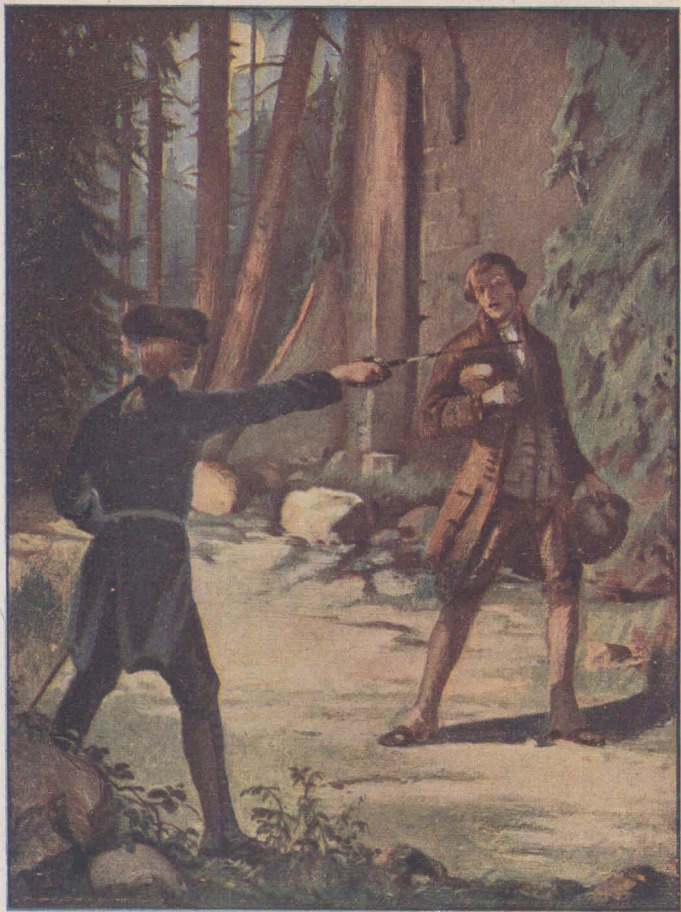
Intrigado Carlos, sin poder comprender lo que allí sucedía, dió la vuelta completa a la torre y vió a Hernán que con una mísera escudilla de barro en una mano y un cántaro de agua en la otra intentaba huir.

—¿Eh? ¿Quién va? ¿De dónde sales, miserable?—gritó Carlos.

Y el infame criado de Francisco no tuvo más remedio que rendirse.

—¿Qué misterio es este?—continuó Carlos, poniéndole la punta de la espada en el pecho.

—¡Ah, señor!—exclamó, al fin, el desgraciado, viendo en aquel encuentro un designio divino—. Hay un Dios en el Cielo y El os ha traído aquí. En esa obscura mazmorra está enterrado vuestro padre.



¿Qué misterio es este?

Y aprovechando la sorpresa de Carlos al oír estas palabras, Hernán huyó.

Cuando Carlos quedó solo rodeó la torre varias veces, tratando de encontrar la entrada. Mas, no pudiendo hallarla, echó mano a su trompa de caza y le arrancó el toque con que solía llamar a sus bandidos. Después, sacando de su zurrón unas extrañas herramientas, exclamó:

—¡Instrumentos del ladrón, herramientas de la industria del robo, venid en mi ayuda para una buena obra!

Y tomando sus ganzúas, forzó la reja de la torre.

Y he aquí que salió un anciano en tan mísero estado, que más parecía cadáver que persona viviente.

—¡Piedad para un desgraciado!—clamó aquel espectro, tendiendo las manos hacia su salvador.

El corazón de Carlos se oprimió de dolor al ver a su noble padre de aquel modo.

—¡Sombra del viejo Moor!—exclamó—. ¿Sales acaso de la tumba?

—No, no soy espectro—dijo el anciano—,

sino ser viviente, si bien la poca vida que tenía la he repartido entre mis muchas penas y la estancia en esa torre mísera, donde no había ni un rayo de sol para iluminarme, ni un amigo para consolarme, donde sólo oía el graznar de los cuervos.

El dolor de Carlos Moor no conocía límites, oyendo a su padre.

—¿Quién ha hecho eso? ¿Quién te ha reducido a ese estado?—preguntó, derramando abundantes lágrimas.

—Mi hijo Francisco—contestó el anciano.

Y relató como su hijo menor le había hecho maldecir al primogénito, como después le había puesto en trance de muerte refiriéndole la muerte de su Carlos, como, en fin, vivo aún, había fingido el entierro y le había sacado del ataúd para encerrarle en aquella torre. Y acabó diciendo:

—¡Yo fuí el verdugo de uno de mis hijos; justamente mi otro hijo ha sido mi verdugo!

Mas Carlos trataba de convencerle:

—No, padre, no; tu hijo mayor no ha muerto; soy yo, que tengo tu mano entre las mías.

—No, no me engañes, extranjero—clamaba el anciano en el delirio de la muerte—. Ya me dijo un día Amelia : en vano tenderás al morir tu mano hacia Carlos : sólo hallarás la mano de Francisco.

Y expiró.

Carlos entonces se abandonó a la desesperación. Volvió a sonar la trompa y del fondo del bosque surgieron los bandidos. Cuando Carlos, sollozando, les relató cómo su hermano había atormentado y matado al fin a su anciano padre, se dispersaron sin querer oír más, y, volviendo a unirse, en un solo movimiento y en una sola idea se dirigieron en loco tropel al castillo de Franconia, clamando : ¡ Venganza, venganza !

* * *

Los bandidos, en su furor, incendiaron el castillo, que quedó devorado por las llamas. Presa de los remordimientos y aterrorizado de que los bandidos pudieran entregarle a la justicia de su hermano Carlos, Francisco se

ahorcó en su aposento, con el cordón de oro de su sombrero. Amelia sucumbió también a tanto dolor.

Y Carlos, sin esperanza ya, siguió su vida aventurera.

INTRIGAS Y AMOR

INTIMAS Y AMOR

INTRIGAS Y AMOR

Los novios

EN la Corte de un poderoso príncipe alemán gobernaba un Presidente llamado Walter, que, habiendo subido al elevado puesto que ocupaba merced a sus muchas intrigas y a numerosos crímenes cometidos en unión de Wurm, su secretario, era profundamente odiado por las gentes del país, donde ejercía la tiranía más dura y más odiosa. Este hombre llevaba su orgullo hasta creerse un dios; hubiese vendido su alma al diablo—vendida la tenía ya con sus muchas maldades—por un nuevo delito o un puñado de oro; sus vasallos, los pobres, los plebeyos, no le parecían seres humanos, sino bestias a quienes podía manejar a su capricho y utilizar según le conviniera para sus atrevidos fines. En cambio, su hijo, Hernando, un apuesto mozo de veinte años, gentilhombre

pundonoroso y Mayor del ejército, a quien su padre había colmado de todos los honores y todas las prerrogativas de que podía disponer en su alto cargo, era bueno y sencillo con los que eran menos que él, y en todos los actos de su vida se mostraba bueno, caritativo y generoso. No hay para qué decir que, aun sin conocer todo el alcance de los crímenes de su padre le dolía en extremo la conducta de éste para con sus vasallos y hubiera cambiado de buena gana su alta alcurnia por la miseria del hijo de un pastor con tal de no ostentar aquellos blasones que más que darle honor le avergonzaban.

Habitaba también en la misma ciudad un maestro de música, más pobre que las ratas, pero más honrado que la misma honradez, cuyo orgullo se dividía por igual entre su violín, que tocaba con arte singular, y su hija Luisa, la doncella más linda, más esbelta, más pura y más piadosa de toda la comarca.

Pues sucedió que un día, al salir de la iglesia Luisa Miller—que éste era el apellido del buen músico—la vió Fernando Walter, el hijo del orgulloso Presidente, y desde aquel mo-

mento ya no pudo comer ni dormir tranquilo, pensando en la doncella. Tanto y tanto se prendó de ella que no descansó hasta hacerse presentar en la casa del músico, aunque sin revelar su alta condición, y allí, viendo de cerca y tratando a la dulce Luisa, pudo apreciar sus bellas cualidades morales, y su pasión fué aumentando de día en día de tal modo que más fácil le parecía poder vivir sin vida que sin el cariño de Luisa. Porque no hay para qué decir que la muchacha se prendó también del caballero y que el músico y su mujer, que ignoraban quién éste era y, por tanto, la inmensa distancia que le separaba de su hija, veían tales amores con el mejor agrado.

Mas como la muchacha era tan linda y tan honesta no le faltaban otros pretendientes. Entre éstos, el más obstinado de todos era Wurm, el infame secretario del Presidente, que, al ver que la chica no le correspondía, a pesar de todas sus astucias de zorro viejo, dió en pensar que tal desdén sólo podía tener por origen el amor de un rival. Y consagró todas sus horas a averiguar quién podía ser éste.

Cuando supo que se trataba nada menos

que del hijo de su señor, del Mayor Walter, que ocupaba una posición tan distinta de aquella en que la hija del pobre músico vivía, le faltó el tiempo para ir a Miller y a su mujer con el cuento. Y el maestro de música cogió el cielo con las manos al pensar que un tan grande señor sólo podía dirigirse a su hija para burlarse de ella; la madre, en cambio, deslumbrada en su orgullo maternal y en su vanidad femenil, se quedó tan oronda de que su hija hubiese cautivado de tal modo a un tan alto caballero. Y, a pesar de las censuras de su marido, todo se le volvía envanecerse delante de las comadres de que su hija Luisa iba a casarse con el hijo del Presidente, después del príncipe, el más alto personaje de toda la nación.

El mal padre

Tanto cacareó la imprudente mujer el casamiento, tanto hizo también Wurm porque el rumor de los amores de Fernando y Luisa se extendiera, que llegó la noticia hasta los oídos del mismo Presidente. Cuando el orgulloso

señor supo que su hijo andaba enamorado de la chica de un miserable músico se rió mucho, pensando que se trataría tan sólo de una aventura, en que el Mayor quisiera burlar a la doncella ; cuando le dijeron que se quería casar con ella, no lo creyó y se rió también, se rió más fuerte todavía. Mas como tenía otros planes respecto de su hijo—que su ambición no se dormía nunca—aún dudando de lo que le decían, mandó llamar a Fernando a su presencia. Cuando le tuvo ante sí le habló de esta manera :

—Dime, Fernando, pues que tan bien como yo mismo lo sabes, ¿por amor de quién me abrí camino, bien erizado por cierto de peligros, hasta el mismo corazón del Príncipe? ¿Por amor de quién puse mi empeño en escalar las cimas más altas, aún rompiendo para siempre con mi conciencia y con el cielo? ¿Ignoras acaso que por hacerte a ti lugar para el día de mañana maté a mi predecesor, el anterior Presidente? Dime Fernando : ¿por quién hice todo esto?

Al oír a su padre hablarle de aquel modo, confirmando las sospechas que él alguna vez

había ya sentido, Fernando retrocedió asustado.

—No, no, padre : no digáis que por mí habéis cometido esas iniquidades ; no caiga sobre mí ese sangriento crimen.

—Llámale como quieras—continuó sombrío el Presidente—, pero agradece al menos que por prepararte un porvenir brillante manchase para siempre mi conciencia. Gracias a ello, heredarás mis riquezas, mis títulos...

Fernando levantó los brazos al cielo, horrorizado.

—¡ Oh ! — exclamó—. Renuncio solemnemente a una herencia que sólo puede darme un horrible recuerdo de mi padre.

Oyendo estas palabras, el Presidente creyó llegado el momento de encolerizarse.

—Si te dejara seguir tus impulsos serías un miserable, un pobretón que te arrastrarías por el polvo de los caminos durante todo el resto de tu vida.

—Lo cual es mil veces mejor que arrastrarse por las gradas del trono—contestó el Mayor con altivez.

El Presidente empezó a comprender que no

doblegaría aquel carácter de hierro por las malas y reprimió su cólera.

—Habrá que hacerte aceptar tu dicha por la fuerza—dijo con fingida dulzura—. Y me parece que no puedes quejarte. El fin que otros logran sólo con mil esfuerzos, lo consigues tú casi jugando. A los diez años eras alférez, a los veinte Mayor, ahora acabo de conseguir del Príncipe que entres en el ministerio; acaso te haga consejero íntimo... o embajador. En fin, se abre ante tus ojos un porvenir dichoso. Y para acabar de completarlo he prometido tu mano a lady Milford...

Oyendo esto el asombro y el terror de Fernando no reconocieron límites.

—¡Padre!—clamó—. ¡No, no; os chanceáis! No es posible que habléis seriamente, no es posible que queráis unir a vuestro hijo con esa mujer sin honor ni virtud, con esa extranjera infame, a quien toda la comarca destesta!

—Esa mujer—contestó el Presidente con sonrisa siniestra—tiene toda la confianza del Príncipe; ser dueño suyo es serlo del soberano y del trono también.

—¡ No, padre, no ; por todos los Santos del cielo, ¡ todo antes que eso !—volvió a clamar Fernando.

Y oyendo tan vivas sus protestas el Presidente empezó a temer que fuera verdad lo que la gente decía de que el Mayor Fernando Walter andaba muy de verdad enamorado, lo que el infame Wurm le había insinuado de que por la hija del músico despreciaría a los mejores partidos de la Corte y de Alemania. Y quiso probar si era esto cierto.

—Bien—dijo, fingiendo ceder—; si tú crees que lady Milford es, en efecto, una mujer sin honor, una vil aventurera, aplaudo tu resolución de rechazarla. Cumples en ello con tu deber de oficial, de caballero, de pundonoroso gentilhombre. Mas... como es necesario que te cases, mañana pediré para ti la mano de la más noble mujer de este país. Y mañana mismo serás el prometido de la condesa Federica de Ostheim.

Fernando volvió a juntar las manos con desesperación.

—Padre mío—dijo humildemente—. Federica de Ostheim podría colmar de dicha a



No, no, padre...

cualquier hombre. Tu elección es esta vez irrefragable, pero, ¡ten compasión de mí! No puedo amar a la condesa.

Viendo así confirmadas sus sospechas, el Presidente volvió a temblar de ira.

—¡ Ah !—gritó fuera de sí—. ¡ Al fin has caído en el garlito ! No era el honor lo que te impedía unirme a lady Milford ; no era la elegida lo que te repugnaba, sino el matrimonio. Pues bien : te casarás. Te casarás con quien yo quiera. ¿ Crees que acaso ignoro la causa de tu negativa ? ¿ Crees que no conozco tu estúpida pasión por una mujerzuela, por la hija de un miserable músico ? Sin duda esas gentes no saben que a mi presencia tiembla el ducado entero ; tú también pareces olvidarlo. Pues bien : si antes de las tres de esta tarde no has declarado tu amor y concertado tu boda con Milady ellos y tú podéis prepararos a sufrir mi venganza.

Y el tirano salió del salón, con arrogante gesto. Fernando no dió un paso para seguirle, no le llamó siquiera... Frío, inmóvil, con los ojos secos y los labios apretados recordaba a la dulce Luisa y pensaba que con la cólera de

su padre había atraído el rayo sobre su bella e inocente cabeza.

Dolor de amor

Y he aquí que aquel día fué de gran trastorno en casa del músico. Acababa Luisa de volver de la iglesia, cuando llegó a la puerta un criado del Presidente preguntando si era allí donde vivía maese Miller, el maestro de música. Y, aunque la señora Miller, en su afán de grandezas, se puso muy contenta, creyendo que acaso el Príncipe iba a contratar a su marido para que tocara en su orquesta, al bueno de Miller no le llegaba la camisa al cuerpo, y mientras se ponía la peluca y se vestía la ropa de fiesta temblaba como un azogado. E iba ya a salir cuando entró en la casita el Mayor Fernando y le detuvo.

—No vayáis, maese Miller—dijo precipitadamente—; es un lazo que os tienden. Mi amor ha desencadenado el rayo sobre vosotros, gentes inocentes. Mas estad seguros que cumpliré con mi deber de caballero, que romperé las intrigas cortesanas y elegiré libremente

como me acomode. ¡ Los viles temblarán ante la obra gigantesca de mi amor !

El músico y su mujer apenas si le comprendían ; sólo sabían que un grave peligro les amenazaba y temblaban, no ya por ellos, sino por su hija, su prenda más querida. Mas la tierna Luisa, que ya sabía lo altos que había ido a poner sus bellísimos ojos, sí que comprendía cómo la separaba de su amor la ira y el orgullo del Presidente, el tirano temido de todos. Y reclinaba, llorando, la cabeza sobre el hombro de su amado, mientras Miller tendía hacia él, suplicante, las manos.

—¡ Tened compasión de mi hija, mi prenda adorada !—gritaba—. ¿ Es que acaso vendrá el Presidente aquí, a maltratarla ? ¡ No la abandonéis, señor, no nos abandonéis a su cólera !

—No la abandonaré, no—dijo con voz firme Fernando—. Y aquí, ante vosotros, le juro que será mi esposa, pese a todas las intrigas y a todos los planes de los cortesanos.

Y cogiendo las manos de la muchacha, añadió, enérgicamente :

—Tan cierto como que Dios no ha de abandonarme en la hora de la muerte, lo es que el

instante que separe estas manos será el último de mi vida.

Y la muchacha al oírle temblaba, temblaba.

—No, Luisa, no tiembles. No habla por mi boca la locura, sino la firmeza, precioso don libertador del alma oprimida. Te amo ; serás mía, y voy al punto a decírselo a mi padre.

Y esto diciendo el noble caballero se dirigió a la puerta.

Pero en aquel momento mismo llegaba a ella un nutrido grupo de gentes. Era el Presidente en persona con numeroso séquito de criados y esbirros. Al verle llegar con tal aparato, el músico y su mujer no pudieron reprimir un movimiento de terror como si quisieran huir y Luisa en poco estuvo que no cayera desmayada. Sólo Fernando se adelantó al encuentro de su padre y su siniestro cortejo, como si nada tuviese que temer de uno ni de otros. Como si no le viera, el Presidente se dirigió a Miller, que seguía temblando.

—¿Sois el amo de esta casa?—dijo en voz de trueno.

—Soy Miller, músico de la ciudad—replicó el pobre hombre, tartamudeando.

El tirano se dirigió entonces a la anciana.

—Y tú, ¿quién eres?

—Soy su mujer, señor—balbuceó la desdichada—. Mas permitid que me lleve a mi hija; va a ponerse mala.

—Es inútil: necesito hablarle. ¿Cuanto tiempo hace que conoces al hijo del Presidente, muchacha?—dijo el gran señor a la doncella.

—Me corteja desde el mes de noviembre, señor—repuso Luisa con firmeza—, pero nunca me informé de quién fuese su padre.

—Sólo se informó de que la adoro—añadió Fernando.

Pero el tirano, sin escucharle, seguía preguntando a la niña:

—¿Te hizo alguna promesa?

—Juró amarme, señor.

—Y cumplirá su juramento—interrumpió de nuevo Fernando.

—¡Te digo que calles!—tronó el Presidente—. ¿Aceptaste el juramento?

—Hice otro igual.

—¿Y con qué suma te lo pagó este caballero?

Al escuchar esta ofensa que a su hija se

hacía, el anciano Miller no pudo reprimir un movimiento de cólera y avanzó un paso hacia el presidente; mas su mujer le sujetó, impidiéndole que se lanzara sobre el tirano. Fué Fernando quien, volviendo por el honor de su prometida, sacó la espada de la vaina. Mas la volvió en seguida hacia el suelo, diciendo:

—Padre, me diste la vida: yo te perdono la tuya: estamos en paz.

También Miller habló, furioso y rechinando los dientes.

—Señor—dijo—, hablando con el debido respeto... el que insulta a la hija insulta al padre... y entre nosotros... los plebeyos... a un insulto se responde con un bofetón... sea dicho con el debido respeto.

Al ver la temeridad de su marido, la señora Miller alzó al cielo las manos.

—¡Socorrednos, Dios mío!—clamó—. La borrasca va a caer sobre todos nosotros.

Pero el músico, cada vez más fuera de sí, continuaba hablando.

—Vuecencia gobierna y administra el ducado—repetía—, pero esta es mi casa... con el debido respeto sea dicho. Y yo haré mil



Fué Fernando quien, volviendo por el honor...

reverencias el día que tenga que pedir a Vuecencia alguna gracia, pero a un visitante mal criado, yo... le planto en la calle... hablando con el debido respeto.

Pálido de cólera se acercó a él el Presidente.

—¿Qué dice este hombre? ¿Es que estás loco o que no estás a bien con tu pellejo?

—Señor... he dicho mi opinión... hablando con el debido respeto.

La ira del tirano no reconoció límites.

—¡Ah, tunante!—gritó—. Pues tu opinión te llevará a la cárcel. ¡Que vengan los alguaciles, pronto! A la cárcel el padre, y la madre y la hija, a la argolla. ¡Maldita gente, ruines plebeyos! ¡He de cebar mi odio en vuestra ruina!

Ya los alguaciles sujetaban por ambos brazos a Miller, que se aprestaba a defenderse; ya levantaban del suelo a su mujer, que estaba echada a los pies del Presidente, y le ponían en las manos las esposas. Pero no se atrevían a tocar a Luisa, a quien Fernando sostenía, desmayada, en sus brazos. Fué preciso que el Presidente, mostrándoles sus insignias, les dijera:

—¡Cumplid con la justicia, en nombre del Príncipe! Y tú, muchacho, suelta a la niña. Esté o no desmayada, ya despertará a pedradas cuando se vea con la argolla al cuello.

Pero la actitud y las palabras de Fernando intimidaban a los alguaciles.

—A ver quién da un paso—decía el mozo, tirando de la espada—. Nadie se atreva a tocarla si no está a mal con su cabeza. Tú mismo, padre, no avances si no quieres obligarme...

La resistencia de su hijo hacía más viva la cólera del Presidente, que gritó a los alguaciles:

—¡Cobardes! Si algo os importa ganar el pan que os sustenta...

Y los alguaciles dieron de nuevo un paso hacia Luisa.

Pero ya Fernando había levantado la espada, y, luchando con ellos, había tendido a alguno en el suelo. Entonces el Presidente, exasperado, cogió a la muchacha y la puso él mismo en manos de un sargento.

—¡A ver si me alcanza a mí tu espada! —dijo.

—¡Padre!—gritó Fernando—. Si esa niña va a la argolla, el Mayor, el hijo del Presidente, irá con ella, ¿persistes todavía?

—Así resultará el lance más divertido—repuso el tirano.

—Padre, coloco sobre esta inocente mi espada de oficial. ¿Persistes todavía?

—Un hombre que va a la argolla no debe guardar su espada. En marcha: ya conoces mi resolución.

—Antes de permitir que así deshonres a mi esposa, la mataré. ¿Persistes todavía?

—Hazlo, si tan aguda es la punta de tu espada.

Fernando alzó desesperado las manos y dijo, de modo que sólo su padre pudiera oírle:

—Mientras tú la envías a la argolla yo contaré en la Embajada cierta historia que se titula «Cómo se llega a Presidente».

Lo que no habían podido todas las anteriores súplicas, pudo esta sola amenaza, y ante el temor de que se descubriese el mayor de sus crímenes el Presidente, cedió, bien a su pesar.

—¡Detenéos!—gritó a los alguaciles—. ¡Soltad a esa mujer!

Y Luisa, casi sin vida, quedó en libertad, sola en su casa, mientras aquella tropa vil llevaba a la prisión a sus amados padres.

La carta

Mas el Presidente, si bien temeroso por un instante de que su hijo, loco de dolor y de amor, fuera a publicar lo que a él le convenía tener tan escondido, no cejaba en su empeño de casarlo con la orgullosa y rica dama inglesa, en quien, atendiendo siempre a sus fines ambiciosos, había puesto, pensando en él, los ojos. No era esto cosa fácil, pues el mozo sólo pensaba en su Luisa y juraba a todas horas que con ella y nada más que con ella había de casarse. En tanto la doncella, temerosa de que el verla pudiera acarrear algún mal a aquel que tanto amaba, dijérase que le huía, que trataba de esconderse de él. Y esto exasperaba más y más al galán.

En unión de Wurm, su secretario, despedido enamorado de Luisa, el Presidente Walter trató el modo de perder a la niña. Ello no podía efectuarse por medio de encierro, rapto

ni violencia alguna, pues Fernando velaba por su dama celosísimo y cualquier ataque ostensible contra la que adoraba le hubiese arrasado a la desesperación y a una rebeldía mayor contra su padre. Era preciso obrar con astucia, con tacto. Y que tacto y astucia consiguieran que Fernando aborreciese a Luisa y por su propia volnudad la abandonase. Para ello el medio mejor eran los celos...

Larga, muy larga fué la deliberación entre el tirano y su vil secretario. Al fin éste que era por demás astuto y que además no había renunciado del todo a la mano de la hija del músico, combinó un plan digno del mismísimo demonio. Y por merecer en él mayor gloria fué él mismo quien lo puso en práctica.

Se presentó en la, ahora triste, casa del músico Miller y halló en ella a Luisa, muy abatida. Al verle, el dolor de la muchacha se removió y las lágrimas acudieron a sus ojos. Pero se hizo fuerte y preguntó al secretario:—¿Qué os trae por aquí? ¿En qué puedo servirlos?

—Vengo con recado de vuestro padre.

—¿De mi padre? ¿dónde está? ¿A dónde le han llevado sus verdugos?

—Está en la cárcel y nuevos peligros le amenazan—dijo Wurm.

Luisa se retorció las manos con desesperación.

—¡ Mi padre ! ¡ Mi padre que tanto me amaba... preso y en peligro por mi culpa !—gimió.

—Por vuestra culpa : es cierto—repitió el astuto Wurm—. Por eso, sin duda, espero que seais también vos quien le salvéis.

—¿ Salvarle ? ¿ Y cómo ?

—Devolviendo su palabra al Mayor.

—¡ Dejar a Fernando ! ¡ Renunciar a su amor !—clamó Luisa, desesperada.

—Va en ello la vida de vuestro padre—repitió el secretario Wurm, friamente.

Luisa reflexionó un instante.

Luego preguntó, con voz angustiada.

—Decid : ¿ Qué he de hacer ?

—Conseguir que el hijo del Presidente os aborrezca.

—Pero ¿ cómo ?

—Vamos a verlo. Sentaos y escribid.

La desgraciada Luisa se dejó caer en la silla ante la mesita y tomó la pluma que el secretario le alargaba.

—¿Qué he de escribir, y a quién?—preguntó casi sin aliento.

—Al verdugo de vuestro padre. ¡Vamos!
—añadió Wurm con imperiosa voz—. Escribid lo que yo vaya dictando.

Y el infame empezó a dictar lo que Luisa iba escribiendo con mano temblorosa.

«Señor : Tres días horribles han transcurrido sin que nos viéramos....»

La pluma cayó de la mano de Luisa.

—¿A quién se dirige la carta?—preguntó la doncella.

—Al verdugo de vuestro padre—replicó impasible el secretario.

Y Luisa bajó la cabeza y pensando sólo en aquel padre que tanto, tanto la amaba y a quien ella podía salvar, tomó de nuevo la pluma y se dispuso a escribir mientras amargas lágrimas rodaban de sus ojos hasta mojar sus manos.

Y continuó dictando. Y ella tuvo que escribir.

«Culpe Vucencia al Mayor, que me cela constantemente como un Argos....»

Esta vez no cayó la pluma de manos de Lui-

sa sino que fué ella quien la arrojó lejos de sí, violentamente.

—¡ Oh, no, no ! ¡ Yo no escribo eso !—gritó—. ¡ Eso es una infamia ! ¿ No puedo saber al menos a quién va dirigida tal carta ?

—Al verdugo de vuestro padre—repitió Wurm— ; haced lo que gustéis.

Mientras ella escribía sollozando, el infame Wurm acababa de dictar lo que sigue :

«Ayer el Presidente estuvo en casa. Había que ver al buen Fernando cómo luchaba por defenderme. Yo salí del paso fingiendo un desmayo. Pero no podía contener la risa.

»De todos modos se me hace ya insoportable esta máscara. ¡ Si pudiese escapar ! Mañana está Fernando de servicio. Aproveche Vucencia el instante en que me deje sola y acuda al sitio que sabemos los dos, en busca de su tierna : Luisa.»

Al firmar este billete, en el que se culpaba de una falta que jamás había cometido, Luisa Miller ya no lloraba. Preguntó a Wurm :

—¿ A quién lo dirijo ?

—Al señor Mariscal de Kalb—contestó el secretario.

Era el Mariscal un galán presumido de la Corte, que gozaba justa fama de galantear a cuantas damas y damiselas se ponían a tiro de sus palabras melosas y de sus miradas apasionadas. Pero Luisa, que nunca había ido a la Corte, no había visto al Mariscal en su vida. Ni siquiera había oído hablar de él, lo que aún era más raro. No obstante, cerró la carta, cierta de que en ella enviaba su sentencia de muerte. Y la dió a Wurm creyendo que con ella le entregaba la salvación de su buen padre, el anciano maestro de música.

Cuando Wurm se alejó con la carta, Luisa se encerró en su cuarto y en él estuvo llorando largas, muy largas horas.

La intriga

Conforme con el plan trazado por el Presidente y su infame secretario, la carta escrita con engaño y a la fuerza por la pobre Luisa fué a parar a manos del Mayor Fernando. Y cuando el Mayor Fernando leyó aquellos renglones trazados—no podía haberle ninguna duda—por la mano de su bien

amada, creyó que iba a volverse loco. De una parte, recordaba la pura mirada de Luisa, su angelical semblante, su virtud, su piedad, y pensaba que era imposible que de tal modo, con tan refinado artificio hubiera podido engañarle.

Pero volvía a mirar el billete y veía sobre él las infames palabras escritas con aquella letra por él tan conocida, en el papel que Luisa usaba siempre, papel que trascendía al perfume habitual de Luisa. Y entonces, llorando lágrimas amarguísimas, tenía que reconocer que la que él creía prodigio de candor era un monstruo de maldad, pues con tal habilidad le había engañado. Loco de furor, de pena, de amargura y de celos, Fernando Walter recorrió la ciudad entera buscando a la que él creía perjura, tratando también de encontrar al Mariscal de Kalb, a quien imaginaba su rival.

El presumido Mariscal se hallaba en el palacio del Duque, probándose una peluca nueva y ensayando ante el espejo un paso de baile. Al ver aproximarse a Fernando, pálido y descompuesto, por poco se desmaya. Y, aunque



¡No salgas, miserable!

en realidad había tenido poca parte en el plan diabólicamente trazado por el Presidente y por Wurm, a quienes él sólo había servido de instrumento, algo le debía remorder la conciencia cuando dejando el baile y la peluca intentó huir por la puerta que tenía más cerca.

Pero la voz terrible de Fernando le detuvo.

—¡No salgas, miserable!—gritó el Mayor—. Coge por una punta ese pañuelo que cabalmente me dió aquella perjura y con la otra mano dispara esta pistola. Yo dispararé esta otra; si me matas me habrás hecho un favor; si te mato yo a ti también tendrás que dar gracias a Dios de que con la bala entre algo al fin en tu cabeza hueca.

Al hombrecillo presumido no le llegaba la camisa al cuerpo.

—Señor... señor — clamaba—; ¿cómo aquí... en esta sala...?

—No vales la pena de ir contigo a dar un paseo por las murallas, miserable; aquí resonará mejor el tiro. Y será la primera vez que metas un poco de ruido en este mundo. Vamos, pronto: dispara.

—Señor, señor, honorabilísimo Mayor, pre-

suntuoso mancebo, ¿no teméis exponer vuestra vida...?

—Dispara, repito—contestó con voz de trueno el Mayor Fernando—; nada me importa morir, pues que nada tengo ya que hacer en este mundo.

—Pues yo sí... y mucho, querido amigo—replicó el Mariscal con temblorosa voz.

—¿Tú?—repetía Fernando sin ser dueño de sus palabras—. ¿Tú? ¿Qué puedes hacer en este mundo que no sea envenenar cuanto toque tu baba repugnante? Pero sí; tienes que estirarte y encogerte como la mariposa que se clava con un alfiler y llevar la cuenta de las veces que se viste tu amo, y trotar con su alma a cuestras por calles y por plazas. Perfectamente. Te llevaré conmigo como un animal raro; en los infiernos parecerás un mono domesticado y te haré danzar al son de los gemidos de los condenados, que se divertirán con tu ir y venir, con tu danzar y brincar, con tus muecas, en fin, de perro palaciego.

—Sí, sí... yo haré cuanto mandéis, pero retirad las pistolas... no me apretéis así...

Porque en aquel momento Fernando había

cogido por los hombros al Mariscal y le zarandeaba con tal fuerza que amenazaba arrancarle los bordados de la nueva casaca. Y era inútil que el hombrecillo se debatiese, que invocase todas sus dignidades y jerarquías, que nombrara al Presidente y el mismísimo Duque... La cólera de Fernando al pensar que aquel mequetrefe le había arrebatado el amor de su Luisa no reconocía límites. Y la descargaba en el muñequín presumido, sujetándole fuertemente y deshaciéndole la espalda a culatazos.

De este modo hubiera pronto dado cuenta de él si, en aquel mismo instante, no se hubiera abierto la puerta de la sala, lo que dió ocasión al mariscal para huir: era el padre de Fernando, el Presidente, que venía a anunciar a su hijo como lady Milford, la favorita del Duque, había huído del país, y como él, Fernando Walter, quedaba en libertad para casarse con la hija del músico.

La tragedia

La noticia que le daba su padre—y que no era sino una nueva intriga del tirano—sumió a Fernando en una desesperación mayor. Pensaba que ya era libre de lograr la ventura tanto tiempo soñada, que nada se oponía a su unión con Luisa, y saber que Luisa no era digna de su amor, pues le había traicionado—según él creía después de leer la carta dictada por el infame Wurm—amando al Mariscal, le causaba un sufrimiento irresistible, y, enloquecido, ciego por el dolor, sólo pensó en morir. Y el desvarío de su mente—que tanto daño pueden causar juntos el amor y la intriga—le llevó a pensar que Luisa debía morir también con él.

Se dirigió con paso vivo a la pobre casita del músico. Halló en ella a Miller, que aquel día había sido puesto en libertad: halló también a Luisa, que, pálida como la muerte, lloraba sus dolores. Al ver a aquel a quien amaba tanto, las lágrimas de Luisa se secaron y se colorearon sus mejillas, pero la expresión som-

bría del Mayor heló en la garganta sus palabras.

—¿Es Luisa tu hija única, buen viejo?
—preguntó Fernando al músico—. ¿No tienes otros hijos?

—No tengo otros, Mayor—contestó el buen viejo con lágrimas en los ojos—, ni tampoco los deseo. Con Luisa me basta para sentir henchido mi corazón. La amo con todo el amor que encierra mi pecho.

Y oyendo estas tiernas palabras el Mayor Fernando Walter sentía flaquear sus deseos de venganza. Pero recordaba luego la infame carta que con sus propios ojos había leído y en la que había reconocido la letra de Luisa dirigiendo frases de amor al Mariscal. Entonces volvía a sentir punzante el dolor de los celos...

—Dadme una limonada: tengo sed—dijo con voz sorda.

Y Luisa, como siempre obediente, se levantó para cumplir su deseo.

Cuando Luisa, siempre pálida y triste, volvió con la limonada, el Mayor vertió disimuladamente en el vaso unos polvos... Luego

hizo que la doncella probara la bebida... Y él también bebió.

Y aquellos polvos eran un veneno. Porque las intrigas de la Corte habían enloquecido a Fernando hasta llevarle a cometer aquella horrible acción. Mas cuando notó que la palidez de Luisa iba en aumento, cuando vió que sus ojos se velaban y se agarrotaban sus miembros sintió un gran horror de lo que había hecho, un inmenso espanto de sí mismo.

—¡Luisa, Luisa mía!—gritó—. Dime al menos en este supremo instante que eres inocente.

—¡Soy inocente, sí!—exclamó ella, sintiéndose morir—. Puedo decirlo ahora... que la muerte desliga de todo juramento. Soy inocente, inocente, Fernando.

Y él, pensando en el crimen que acababa de cometer, sentía que su horror iba en aumento.

—Yo no miento, no he mentido nunca—continuó la angelical Luisa—. Cuando escribí aquella carta... trazó mi mano lo que reprobaba mi corazón. Violentaron mi voluntad... yo hubiera preferido la muerte... pero

me dijeron que salvaba así a mi padre. Obra-ron a traición... y fué tu padre quien dictó la carta.

Al oirla Fernando hizo un supremo es-fuerzo para sacar la espada de su vaina; se escuchaba en la calle el acercarse de un tro-pel de gente: era el Presidente y su cortejo.

—¡Perdónale, perdónale! — clamó Lui-sa—. ¡También Dios, moribundo, perdonó!
¡Yo a él y a ti os perdono!

Cuando abrió la puerta el Presidente, la muerte reinaba en la estancia: Luisa y Fer-nando habían sucumbido al veneno.

Miller, el músico, y su pobre mujer mu-rieron de pesar. El Presidente Walter, el ti-rano, horrorizado al ver desaparecer a su hijo por su culpa, se entregó a la justicia y pagó voluntariamente sus muchísimos crímenes. El secretario Wurm se volvió loco.

LOS DOS AMIGOS

LOS DOS AMIGOS

La condena

EN el real palacio de Dionisio, el tirano, entró una noche Möros. Ansiaba librar a su pueblo del déspota y llevaba en la mano un puñal.

Mas he aquí que al llegar a la antecámara del rey le detiene un arquero. Y da la voz de alarma y acude toda la guardia y llega el tumulto al mismo rey.

—¿Qué intentabas viniendo a mí con mano armada?—preguntó Dionisio.

Y Möros repuso con toda verdad:

—Libertar a mi pueblo.

—¿Sabes que tu intento te conduce desde aquí al cadalso?

—Lo sé.

—Disponte, pues, a morir.

—Presto estoy a ello—contestó Möros—. Mas antes he de pedirte una merced: no es

perdón ni piedad. Mi hermana se va a casar y quisiera asistir a la boda como es uso. Si yo faltara ese día, y se llegara a saber el motivo porqué faltaba, la alegría de mi hermana y de los míos se trocaría en horrible pesar. Después que la fiesta haya terminado tiempo tendrán de saber su desdicha y la mía. La gracia que te pido es, pues, que me dejes ir a esa boda. Para ir y volver me bastan tres días: en rehenes os dejaría a mi mejor amigo, el que me es más amado en este mundo.

El rey se echó a reir, malicioso. Y, al fin, dijo:

—Bien: no quiero que pueda decirse que he negado a un sentenciado su último deseo. Irás a la boda de tu hermana y para ir y volver tendrás tres días, durante los cuales ese tu mejor amigo, al que tanto dices amar, quedará preso en tu lugar. Mas tened él y tu en cuenta que si al cabo de tres días con sus noches no estás de vuelta tu generoso fiador subirá por ti al cadalso y pagará por ti con la cabeza.

Möros hizo entonces llamar a su amigo y le comunicó la cruel condición a que el rey le

obligaba para dejarle ir a la boda. Y su amigo le amaba tanto que sin contestarle le abrazó estrechamente y fué a ponerse bajo la custodia de Dionisio.

Marchó Möros a la boda de su hermana. Pero no pudo estar tranquilo ni en el baile ni en el convite, porque le atormentaba, no tanto el temor de morir, como el del peligro que su amigo corría. Ni en las danzas bailó con las muchachas, ni apenas demostró alegría al ver a sus ancianos padres, de quienes vivía separado desde hacía largos años. Y al llegar la noche, anhelante por volver cuanto antes a relevar a su amigo del trance en que le había dejado, se despidió de todos, abrazó estrechamente a los suyos, salió de la casa cuando aún estaba en lo mejor la fiesta, y emprendió el camino de vuelta hacia la corte del tirano.

El viaje

Y he aquí que la noche era más oscura que la boca de un lobo, y en el cielo se agolpaban, enormes y negras, las nubes. La tor-

menta se acercaba por momentos y Möros tenía que atravesar un ancho río. Llegaba ya a su orilla cuando la tempestad se desencadenó con extraordinaria violencia. El agua caía tan espesa que ocultaba los árboles del bosque; la selva entera era un torrente desbordado. Se inundó el llano, y el puente que, sobre el río, servía a los caminantes para pasar de un lado a otro, se derrumbó, hundiéndose en las aguas.

Entonces Möros, sin sentir siquiera el agua que le cubría empapando sus cabellos y sus ropas, corrió desalentado, loco, por la ribera llamando a un barquero que le pasara al otro lado. La idea de no llegar a tiempo de relevar a su amigo, le horrorizaba, le helaba la sangre en las venas.

Y el río crecía más y más. Möros trataba de dominar con su voz al trueno; y seguía llamando al barquero e implorando auxilio y compasión.

Pero nadie le oía. Y el río seguía creciendo. Y las horas pasaban.

Entonces Möros cayó de rodillas e invocó a Júpiter, llamando:

—¡ Señor ; tú que todo lo puedes, calma las olas encrespadas !

Pero el río seguía creciendo, creciendo y las horas huían.

Entonces Möros se arrojó al río y lo cruzó a nado. Y llegó sano y salvo a la otra orilla.

Siguió su camino alabando a los dioses. Cesó la tempestad. Mas al hundirse en un bosque le atacó una cuadrilla de facinerosos, de fachas tan horribles que causaban espanto sólo al verles. Iban todos armados hasta los dientes con la clava y la cuchilla. Y, como antes con la tormenta y la inundación, Möros no pensó en sí mismo, sino en su amigo, que habría de sufrir por él pena de muerte. Así, acallando su orgullo, que le mandaba morir allí peleando como un león, se arrojó a los pies de los bandidos y les suplicó gracia.

—¡ Nada llevo conmigo ! Sólo mi vida y aun ésta es del rey—clamó.

Pero ellos, sin hacer caso de sus súplicas, le amenazaron de muerte.

—¡ Mi amigo morirá por la culpa que sólo yo he cometido !—repetía—. ¡ Dejadme acudir a salvarle !

Y los bandidos redoblaban sus amenazas y le herían con sus cuchillos y le golpeaban.

—¡ Os juro que a mi muerte se os dará el oro que reclamáis ahora !

Y ellos ponían la punta de sus cuchillos sobre su corazón.

Y el tiempo huía, huía...

Entonces, haciendo un esfuerzo sobrehumano, dió un salto formidable y arrebató la clava a uno de los malhechores. Se revolvió después contra ellos y derribó al que estaba más cerca, arrancándole de la mano el cuchillo, que hundió en el pecho del que le seguía. Al golpe de su brazo fuerte cayó un enemigo ; luego otro ; luego otro.

Y los demás, ante aquel furor inusitado, y ante aquel hombre que, después de gemir suplicante, parecía ahora invencible, huyeron sin defenderse.

Pero las horas huían también. Y el sol empezaba a salir. Y cuanto Möros más corría y corría más parecía alejarse la corte de Dionisio.

Al fin, cuando ya se hallaba casi al alcance de la ciudad, se sintió sin fuerzas y cayó al

suelo sin dar cuenta de sí. Sus sentidos se nublaban, la vida le abandonaba ya. La sed le atormentaba como si se abrasara por dentro; no podía dar ni un paso más. Tenía los vestidos empapados en sangre y en agua y sus heridas se abrían, se desgarraban. La fatiga le mataba y el suplicio de la sed le torturaba en aquellos últimos momentos. El sol, que lucía ya en todo su esplendor, se deshacía en lumbre sobre él.

Entonces Möros levantó los ojos al cielo.

—Si me has salvado de la furia de los elementos y de la maldad de los hombres, ¿por qué me dejas ser vencido por la propia fatiga?—clamó—. Si he llegado con tu ayuda hasta aquí, ¿por qué no he de andar unos pasos más hasta el lugar en que por mí va a perecer mi amigo? ¡Sólo quiero llegar hasta él; dame tu ayuda!

Y he aquí que sólo había acabado de pronunciar estas palabras cuando oyó, suavísimo, el borboteo de una fuente. Su misma sed le dió impulso para moverse y seguir arrastrándose por el camino que el ruido del agua le marcaba. Y llegó a ella y bebió.

Ya refrigerado, pudo, aunque con mil trabajos, seguir su camino. Pero las horas habían corrido más que él y ya el sol se ponía.

Amistad

Cerca de la ciudad se formaban grupos de gente que hablaban en voz baja y con cara de pena.

—Faltan pocos momentos para la ejecución—dicen unos viajeros.

—Y la justicia de Dionisio no aguarda—responden otros.

—Desde esta mañana trabajan en levantar el cadalso...

—Que una vez más caerá el inocente y se salvará el culpable...

Cada frase por este estilo que Möros escuchaba era a su corazón lo que una víbora que le hiriese. Sin cuidarse ya de sus heridas, ni del agua y la sangre en que estaba empapado, volaba más que corría hasta hallarse en el centro de la ciudad.

Allí, en medio de la plaza, se levantaba el cadalso. En él el verdugo ponía ya su



Yo soy quien debe morir...

mano en el inocente y generoso amigo de Möros.

Mas he aquí que la presencia de aquel hombre harapiento, destrozado, medio muerto, lleno de heridas, empapado en agua mezclada con sangre, hizo que la ejecución se detuviese un instante. Al pie del cadalso Möros gritó al verdugo:

—¡A mí! Yo soy quien debe morir y no mi amigo.

Y de un inesperado salto llegó hasta encima del tablado y se abrazó a su amigo con todas sus fuerzas. Hubo un momento de lucha: el uno por el otro, los dos querían morir.

Y al fin decidieron que morirían juntos.

Entonces, el rey Dionisio, que presidía la ejecución, sintió por vez primera que su corazón se conmovía y las lágrimas acudían a sus ojos. Y llamó a los dos amigos ante el trono.

—No quiero que muera ninguno de los dos —dijo con voz solemne—, sino que viváis ambos para ejemplo de lo que ser debe una amistad leal. Vosotros me habéis hecho ver que la fidelidad es algo más que un nombre.

¿Queréis hacerme el honor de darme un tercer lugar en vuestro afecto?

Y hay quien dice—aunque algunos lo nieguen—que el tirano desde aquel día se dejó guiar por los consejos de «los dos amigos». Y como ellos eran buenos y nobles, él fué noble y bueno también.

LA CONJURACIÓN DE FIESCO

LA CONJURACIÓN DE FIESCO

El baile

EL caballero Fiesco, conde de Lavagna, era el gentilhombre genovés que en su ciudad atraía con más fuerza las miradas de las doncellas casaderas. Esbelto, arrogante, en la flor de la juventud, orgulloso con decoro, amable con majestad, sencillo y sagaz al mismo tiempo, ambicioso, rico y emprendedor, no había dama ni damita que en él no pusiera a la vez sus ojos y sus pensamientos.

Cuando se adelantaba por la calle de naranjos en que solían pasear las doncellas, noble y altivo cual si descansara en sus hombros la espléndida suerte de Génova entera, todas le miraban a hurtadillas y apenas osaban levantar los ojos del suelo cuando él fijaba los suyos en ellas. Y cuando él se alejaba, las doncellas disputaban por cuál de ellas había atraído en mayor grado su atención. Y los celos les arrebatában la paz que entre ellas reinaba...

Por ello cuando Fiesco pidió la mano de la noble Leonor, tan bella como hermosa, la joven no pudo apenas resistir tanta dicha, y, cuando al pie del altar unió el sacerdote sus manos para bendecirlos como esposos, la doncella no pudo menos de albergar en su pecho la más ambiciosa ilusión.

—«Este Fiesco cuya mano descansa en la tuya—pensó—; este Fiesco que es tu esposo ante Dios y ante los hombres, será el elegido para libertar a Génova de sus tiranos.

Porque hay que saber como la ciudad de Génova gemía por aquel entonces bajo el yugo más cruel y más odioso. Los Dux, ambiciosos y libertinos, no hallaban freno a sus locuras, y la ciudad apenas podía pagar el lujo fastuoso de que se rodeaban. Andrés Doria, que era a la sazón el Dux reinante, contaba ochenta años; y aun cuando conservara algo de su fogosidad primera, no podía poner coto a las infames crueldades de Gianettino, su sobrino y pretendiente a la corona ducal. Las orgías a que Gianettino Doria se entregaba no reconocían fin, y los tormentos que empleaba con sus súbditos por la menor falta a sus caprichos

no tienen igual en la historia. Y en la ciudad crecía el odio a los Dux, a Gianettino sobre todo, y se extendía del pueblo a la clase alta y a la misma nobleza. Y no viendo hombre capaz de librarles del doloroso yugo, todos ponían los ojos en el más ardiente, el más rico y el más noble : en Fiesco de Lavagna.

Y Fiesco Lavagna, esposo de la hermosa y delicada Leonor, se captó el afecto de grandes y de chicos, de altos y bajos, nobles y plebeyos, y albergó en su pecho la idea ambiciosa de librar a su patria del tirano odioso. Y el corazón de Génova entera estuvo con él, y así como antes tenían fijas en él las doncellas sus miradas, las tuvo toda la ciudad, llamándole ya de antemano su libertador. Y los hombres más ilustres y nobles de Génova se unieron a él.

Pronto comprendió Gianettino Doria el peligro que le amenazaba. Y como su crueldad y su perfidia no reconocían freno ni se detenían ante categoría ni miramiento ninguno, no cesó de acechar el momento de asesinar a Fiesco, librándose así de aquel poderoso enemigo. Mas entonces Fiesco, que, como sabe-

mos, era muy sagaz, cambió de táctica, y aunque sin dejar de acariciar la idea de la liberación de su patria, fingió abandonarse también a fáciles placeres, y sus festines y orgías sólo tuvieron igual en las que daba Gianettino Doria, el futuro Dux.

Y he aquí que en su mansión se celebraba un espléndido baile de disfraces. En él entraban y salían las gentes más extrañas y alborotadoras. Y Fiesco parecía olvidarse de todo, aun de su propia esposa, para hundirse en aquel barullo, en aquella alegría.

Envuelto en una capa verde, cubierto el rostro con verde antifaz, Gianettino Doria, el futuro Dux, hablaba con un moro.

—Es el máscara blanco — decía el pérfido tirano — ; el que viste capa de seda y armadura de plata. ¿Le ves?

Y el Moro asentía.

—Has de herirle donde quieras, ¿sabes? Menos en el pecho, porque errarías el golpe. No vayas a equivocarte, que no quiero hacerle padecer.

—Bien, y... ¿cuánto pesa su cabeza en la balanza?

—Cien zequíes.

—Dadle ya por muerto.

Dijo el Moro convencido. Pero Gianettino, que estaba tratando de la muerte de Fiesco, como es fácil comprender, vaciló un momento :

—Piensa que ese hombre—dijo con lentitud—es como un imán que atrae hacia sí los ánimos inquietos. El pueblo le adora y los nobles también.

—Señor, una vez le haya muerto, tendré que huir a Venecia.

—Toma, pues, la paga adelantada—dijo el enmascarado del manto verde—. Pero recuerda que ha de haber muerto dentro de tres días, a más tardar.

Y los dos infames se separaron y siguió la fiesta. Fiesco, por mejor disimular sus planes, fingía estar prendado de la hermosa Julia, parienta de los Doria, dama altiva, cruel, burlesca y orgullosa. Con ello, Leonor, que lo observaba, sufría cuanto no es para dicho. Pero Fiesco continuaba la farsa por mejor llegar al fin del cautiverio de la Ciudad de Génova. Y tanto y tan bien llegó a fingir, que dejó que la

pérfida Julia le quitara del cuello el retrato de Leonor, que a él llevaba, para poner el suyo.

Y con esto no era sólo Leonor la que sufría. El anciano Verrina, a quien el libertino Dux Gianettino Doria le robara su tesoro más preciado, su amada hija Berta, hermosa y pura ; Borgognino, el prometido de ella ; los nobles Calcagno y Sacco y otros valientes conjurados para la salvación de Génova que habían puesto en Fiesco toda su confianza y ahora le veían entregado a la misma disipación que su odioso señor, no podían menos de sentir que las lágrimas quemaban sus ojos primero, sus mejillas después, ni más ni menos que la dulce esposa, que ya se imaginaba del todo olvidada.

Y la fiesta seguía. Mientras los conjurados, al mando de Verrina y envueltos en sus negros mantos, permanecían graves y mudos observando aquel para ellos doloroso espectáculo, las demás gentes reían, bebían y dancaban.

La fiesta seguía. Un moro negro como la pez, envuelto en albo manto, se acercó a Fiesco, mirando receloso, en torno suyo.

—¿Quién eres y qué buscas?—le preguntó

el noble, que no había perdido ninguno de sus movimientos.

—Señor, soy un esclavo de la República.

—¡Mísera condición es la de esclavo! ¿Qué buscas?—repitió Fiesco, adivinando y apartándose del moro.

Pero el moro siguió preguntando:

—¿Sois vos, por ventura, el conde de Lavagna?

Fiesco se irguió con altivez.

—¡Cómo! ¿No me conoces, cuando hasta los ciegos conocen mi paso? Pero, ¿acabarás de decirme qué quieres del conde?

—Quiero decirte que estés alerta—advirtió el moro avanzando.

—¡Ya lo estoy!—contestó Fiesco de Lavagna retrocediendo.

—Guardaos de Doria.

Aquí Fiesco empezó a creer que acaso el moro era amigo leal. Y el moro aprovechó la momentánea flaqueza de su contrario para acercarse a él. Y le mostró un papel, diciendo:

—Vuestro nombre está aquí escrito entre los de algunos pobres diablos...

Fiesco se inclinó para leer en el papel lo que

el moro le decía, pero tuvo buen cuidado de hacerlo delante de un espejo, de modo que pudiera ver la acción del agareno.

No advirtiendo esta circunstancia, el asesino sacó un puñal, dispuesto a herirle, pero, más rápido que se cuenta, Fiesco le detuvo la acción con mano férrea y le arrancó el puñal. Y el moro intentó escapar, más él le sujetó por la garganta.

—¿Quién te ha enviado para asesinarme?
—preguntó con voz de trueno.

Y el moro, como era al fin un hombre vil, confesó en seguida.

—El príncipe Gianettino Doria.

—¿Cuánto te ha dado?

—Cien zequíes, señor.

El conde se irguió otra vez altivo y resentido.

—¡Cien zequíes no más por la cabeza de Fiesco de Lavagna! ¡Trabajas muy barato, perro moro! Toma mil y ve a decir a tu amo que es un vil asesino.

Y esto diciendo, con gesto magnífico soltó al moro y arrojó a sus pies un bolsón bien repleto de monedas de oro.

El moro no se atrevía a tomarlas.

—Señor, yo no he merecido ese dinero—dijo—, pero si me dejas la vida seré tu esclavo mientras exista.

—No quiero esclavos en país de hombres libres—dijo Fiesco noblemente—. Pero quiero guardarte a mi servicio. Te daré mil zequíes anuales, sin otra obligación que la de multiplicar tus oídos para escuchar cuanto se dice en la ciudad. Desde mañana recorrerás Génova olfateando todo lo que ocurre ; averiguarás lo que piensan del gobierno, lo que se murmura de los Doria, lo que dicen mis conciudadanos de mi vida disipada y mis novelescos amores. Ahogarás en vino sus cerebros hasta que charlen como cotorras... y te aseguro que no ha de faltarte dinero...

Prometió el moro, agradecido, cuanto Fiesco quiso. Y el noble caballero y el vil esclavo se separaron.

Y siguió la fiesta. Danzó Fiesco toda la noche con Julia. Se retiró Leonor a llorar a solas. Maldijeron los conjurados, sobre todo el anciano y ofendido Verrina, de lo que ellos consideraban ligereza y envilecimiento de Fiesco de Lavagna, su amado señor.

La conjura

Por el moro sabía Fiesco cuanto en la ciudad se decía. Y esto no era en verdad muy halagüeño para él ni para Gianettino. A voz en grito, en tabernas y billares, en posadas y paseos, en el mercado, en la Bolsa, se decía que Fiesco estaba loco por Julia y que este amor era el que le hacía ser desleal a su causa. Y en tanto el bochorno y el descontento se cernían como espesa nube sobre la República. Un motín sucedía a otro motín. Las torres y casas ardían, presas de las llamas; los rumores de revolución y muerte crecían.

Mas Gianettino Doria, que sólo a Fiesco de Lavagna temía, desafiaba como nunca las iras del pueblo. En pleno Consejo y en el momento de la elección de Procurador, por elegir al que su capricho quería, desenvainó la espada contra los demás electores. En vez de vestirse de negro, como todos, para ir al Senado, se presentaba en él con su manto escarlata. Entregado a un lujo insultante, recorría la ciudad arrastrado por un tiro de ocho caballos;

tomaba a sueldo doscientos alemanes del imperio para su guardia, armando así a los extranjeros contra los hijos del país, a tudescos contra italianos... Grababa en la portezuela de su coche el escudo de la República y hacía colocar su estatua en medio del palacio de la Signoria. Y seguían, además, los asesinatos y los robos y toda clase de delitos con que atormentaba a los pobres genoveses, sus súbditos. Y éstos, que sólo en Fiesco reconocían autoridad capaz de oponerse al tirano, a él acudían con su rencor y sus quejas. Y él les escuchaba con mucha calma, como si nada se le importara todo aquello. Pero en realidad lo que quería era que la nube estuviera bien cargada de piedra.

Un día llamó al moro.

—Prepárate—le dijo—; en este momento voy a denunciar tu tentativa de asesinato y a mandarte atado al tormento.

El moro retrocedió, pálido.

—Señor, eso es contrario a nuestro pacto.

—Esto no es sino una burla entre tú y yo tramada. Yo te salvaré luego, pero es preciso que el pueblo se entere de que has querido

matarme por orden de Gianettino Doria. Cuando te pongan en el potro cantarás de plano. Vamos, hazme un rasguño en el brazo con tu puñal hasta que corra la sangre. Yo haré como si acabara de cogerte infraganti por primera vez. ¡Vamos! ¡Qué esperas?

Y el moro hizo lo que su nuevo amo le mandaba. Y Fiesco lanzó un terrible grito:

—¡Asesino! ¡Asesino!

Acudieron criados, cogieron al moro y lo llevaron al tormento. Y mientras el astuto agarenense declaraba cómo había querido matar a Fiesco de Lavagna por orden del Dux, Fiesco paseaba a caballo por la ciudad llevando atado al pecho el brazo cuya herida manaba aún roja sangre. Y la indignación de las gentes crecía al saber que el tirano había querido asesinar a su ídolo.

El moro, por la magnanimidad de Fiesco, quedó libre.

Y cuando, en las plazas y en las tabernas, en posadas y paseos, en el Mercado y en la Bolsa, le decían cómo su amo no se vengaba del Dux y seguía su antigua vocación, Hasán, el moro, respondía enigmáticamente:

—Génova está con la soga al cuello y mi amo se llama Juan Ludovico Fiesco.

Y Fiesco seguía trabajando y el moro espiando. Un día el negro se presentó ante su señor.

—Os traigo noticias, amo mío—le dijo—que no se pagarían con todo el oro del mundo. Helas aquí.

Y desplegó ante los atónitos ojos de Lavagna un papel sellado con el timbre ducal y en el que había doce nombres escritos. Estos nombres eran los de Francisco Zenturione, Cornelio Calva, Miguel Zibo, Tomás Asserato y sus tres hermanos, Escipión Borgognino, Rafael Sacco, Vicente Calcagno, José Verrina y por último Fiesco de Lavagna. Eran los doce nobles más altos de Génova entera. Y el papel era una sentencia de muerte y estaba firmada por Gianettino Doria. También se decía en el papel cómo siendo tres días después fecha señalada para la elección de Dux, una vez se hallaran reunidos todos los senadores, a una señal que Gianettino haría con su pañuelo, serían muertos los doce personajes citados, los tudescos de la guardia tomarían por asalto la

casa capitular, y el sobrino del Dux, entrando de pronto en la sala, se haría proclamar soberano.

El papel que Hasán, el moro, daba a su señor, no se pagaba, en efecto, con todo el oro del mundo. Pero no era esto sólo. El negro mostró también a su amo una cajita en cuyo fondo había unos polvos blancuzcos...

—Poderoso señor—dijo humildemente—; he aquí lo que la condesa Julia me encargó que echara cada día en el chocolate que sirve de desayuno a vuestra noble esposa...

Y Fiesco miró los polvos y vió que eran veneno. Apenas se atrevía a creer a sus ojos.

—¿Quién dices que te ha dado eso?

—Doña Julia, condesa Imperiali. Pero, dadme, señor, que debo echar eso en el chocolate de doña Leonor, vuestra esposa...

Fiesco, que amaba tiernamente a la dulce Leonor, se estremeció horrorizado.

—¡Apártate de mi vista, perro vil! Y ve ahora mismo a avisar a los conjurados. Hora es ya de que Fiesco vuelva a ser el león que fué siempre.

Había llegado el momento de librar a Géno-

va del terrible yugo. Los últimos hechos del tirano y su vil proyecto de asesinato de los nobles no admitía dilación en la justa venganza.

Los primeros en llegar fueron Verrina y Borgognino, Calcagno y Sacco. Cuando Fiesco les enseñó la orden de muerte que el moro le diera, su indignación no reconoció límites. Y acordaron que, antes que los tiranos ejecutaran la vil acción proyectada, ellos libertarían de toda tiranía el país. Aquella misma noche, en la fiesta que Fiesco daría en su casa, convocaría a todos los genoveses ansiosos de libertad y venganza. Para levantarles en clamor de espanto y de ira no había que hacer sino recorrer la ciudad con la hoja infame en que se expresaba el vil proyecto para el día siguiente. Fiesco, que, mientras todos lo creían entregado al placer y a la molicie no había cesado de trabajar un momento, tenía en el mar galeras armadas que más de dos mil hombres tripulaban.

Así quedó decidido, y los conjurados, antes de separarse, se unieron en estrecho abrazo de heroica alianza. Sólo Verrina, el anciano

que ansiaba vengar a su hija al mismo tiempo que libertar a Génova, no abrazó a Fiesco de Lavagna. Su prudencia y su experiencia habían leído en los ojos del que debía ser libertador de Génova que el demonio de la ambición se había apoderado de su alma, tan noble hasta entonces, y que si anhelaba derribar a los Doria era para colocarse en el lugar preeminente que ellos ocupaban.

Desenlace

Aquella noche el palacio de Fiesco se revisió de gran suntuosidad. Iba a darse en él una comedia famosa, según las invitaciones rezaban, interpretada por célebres histriones, y habían sido convidados todos los nobles de Génova. Y, lo que quizás pudiera parecer extraño, los invitados no se maravillaban al ver que les recibían con centinelas en todas las puertas y que dentro del castillo resonaban, en vez de música y risas de fiesta, continuado entrechocar de armas. Eran los conjurados, que se preparaban para el asalto, y cada noble que llegaba se sumaba a ellos.

Mas he aquí que cuando había dos mil hombres escondidos en el castillo de Fiesco, cuando las galeras estaban ya en el puerto a punto de descargar su pólvora y sus hombres, cuando los conjurados se preparaban a sacar las espadas, cuando todos tenían papel repartido en la comedia, llaman a la puerta del castillo, dando en ella grandes golpes. Y, abiertas las puertas, entran dos tudescos de los del servicio del Dux, trayendo atado a Hasán, el pérfido moro.

Fiesco lanzó un grito de horror.

—¡ Este infame perro nos ha hecho traición !

—Lee—dijeron los guardias.

Y ante los conjurados, Fiesco de Lavagna leyó el papel que le tendían. Era del anciano Dux Andrés Doria y decía así :

«Fiesco de Lavagna, tenéis mala suerte conmigo. Vuestros beneficios son pagados con ingratitud. Este moro me descubre vuestra conjuración ; os lo mando atado, y esta noche dormiré sin guardias.»

Fiesco dejó caer al suelo el papel. Todos se miraron estupefactos y el conde no pudo menos de exclamar :

—¡No! ¡No es posible que un Doria me venza en generosidad!

Fiesco, una vez más, dejó libre al pérfido moro. Y se disponía a retirar sus órdenes de sedición cuando apareció ante él la condesa Julia, fascinadora y cruel. Entonces Fiesco, recordando el proyecto de envenenamiento de aquella malvada para con su esposa, volvió a sus vengativos anhelos; la condujo del brazo, diciéndole mil dulces palabras, adonde estaba preparado el tablado para la comedia, y haciendo salir a Leonor de detrás del tapiz la estrechó entre sus brazos ante la asombrada y ofendida condesa.

—Esta, esta es la única mujer por mí amada—dijo en alta voz, de modo que todos le oyeran.—Angel a quien vos, infame condesa, quisisteis matar, verdadero diamante a quien yo fingí abandonar por ese brillante falso y repugnante. Pero ha llegado el momento de dejar el disfraz.

Y esto diciendo se arrancó del cuello el medallón que con el retrato de Julia llevaba. La condesaba temblaba de ira y de celos. Fiesco la hizo prender, por malvada, y después de

dar un tierno beso a Leonor, salió seguido de los conjurados, sin querer oír las súplicas de su amada esposa.

Algunos instantes después resonaron en el puerto los cañonazos de las galeras de Fiesco. Era la señal. El pueblo entero se lanzó al ataque dando vivas a su liberación y muertas a los tiranos odiosos. Resonaban los tambores y el choque de las armas era tan potente y continuado, que semejaba el fragor del trueno.

Por donde iban Fiesco de Lavagna y los suyos sembraban la muerte ; mas Fiesco, siempre generoso, aun en medio de su loca ambición, logró despertar al viejo Dux Andrés Doria y darle medios de que pudiera emprender la huida.

Verrina y Borgognino, padre y prometido de la inocente Berta, encarcelada por Gianettino en lóbrego calabozo, como ya sabemos, corrían ligeros como el viento a libertar a la niña amada ; y he aquí que cerca de la cárcel, hallaron a Gianettino que huía. Salieron a re-

lucir las espadas; se entabló dura lucha y Gianettino cayó al fin malherido. Verrina y Borgognino continuaron su loca carrera y libertaron a Berta.

En tanto Leonor, vestida de hombre, recorría la ciudad buscando a su esposo. En la precipitación por hallarle, no había colgado de sus hombros manto ni capa alguna, ni llevaba espada con qué defenderse. Y, enloquecida, pensando que su bien amado pudiera haber muerto, corría, corría... De pronto tropezó con un cuerpo; se arrodilló ante él, temblando de terror, ante la idea de que pudiera ser el de su esposo. Mas no. Era el de Gianettino.

Leonor se santiguó piadosamente y, despojando al cadáver de la espada y la capa, se envolvió en ésta y ciñó aquélla a su cintura. Y siguió corriendo en busca de su bien amado.

Y he aquí que Fiesco, en tanto, buscaba como un loco a Gianettino, principal causante de tanto dolor, de tanta sangre, día tras día vertida. Desesperaba ya de hallarle, creía que el infame habría logrado escapar tras el Dux viejo, su tío, cuando al volver de una esquina,

vió avanzar hacia él a un embozado, menudo de cuerpo como Gianettino y envuelto como él solía, en la capa purpúrea.

A un tiempo exasperado y loco de gozo, creyendo haber hallado al tirano, su cruel enemigo, Fiesco sacó su espada potente y atravesó el corazón del embozado.

Había matado a Leonor, su dulcísima esposa.

El rigor de su suerte no acalló la desatada ambición de Fiesco, que ciñó la anhelada púrpura y se hizo proclamar Dux de Génova.

Y cayó también en delito de tiranía y orgullo, y el antiguo conjurado, Verrina, el anciano, puso fin a su vida.



